

COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE LA VILLA DE VALLECAS

**“LA NUEVA REFORMA FRENTE LA  
IGLESIA PERMISIVA Y CORRUPTA”**

Pr. Joaquín Yebra.

VALLECAS-VILLA, JULIO DE 2007.

# Contenido

I Introducción: .....	3
II La iglesia del Nuevo Testamento.....	6
III Lo que Jesús anunció.....	11
IV La espiritualidad del cristianismo naciente y la burocracia de lo aparentemente sagrado.....	17
V Muy avanzados en la apostasía.....	28
VI La sociedad actual y las Sagradas Escrituras: .....	37
VII La traición de la iglesia permisiva y corrupta:.....	50
VIII La invasión de malos espíritus en la <i>iglesia permisiva y corrupta</i> :.....	55
IX Una Nueva Reforma.....	62
X La Comisión de nuestro Señor al discípulo, a la iglesia, al estado y a la sociedad en la <i>Nueva Reforma</i> . .....	74
XI La llamada al arrepentimiento.....	85
XII Conclusión: .....	97

# I Introducción:

El propósito de este estudio es invitar a los creyentes que todavía tienen *oídos para oír*, en vista del silencio parsimonioso de la generalidad del pueblo de Dios, adormecido en su creciente acomodación y aburguesamiento, a considerar seriamente si su relación con la iglesia se fundamenta en la Santa Palabra del Señor o en las meras tradiciones denominacionistas que frecuentemente actúan como una muralla espesa que no permite ver más allá de las tradiciones humanas elevadas a la dignidad de verdades sagradas.

Creemos que donde se manifiesta la inmensa desgracia de las desviaciones y la deshonra respecto a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, los fieles deberíamos hacer saber semejantes despropósitos abiertamente, invitando a los hermanos a tomar la postura y las medidas precisas para que se efectúen los cambios y modificaciones necesarias. En definitiva, creemos que es absolutamente imprescindible la autocrítica, cualesquiera sea la nomenclatura que optemos por emplear. Si no analizamos nuestro camino y proceder en profundidad desconoceremos cuál es el curso por el que transitamos.

Semejante acción implica, como siempre sucedió, experimentar sufrimientos, malentendidos, acusaciones infundadas, falsos testimonios y, en algunos casos, después de comprobar la persistencia en la deshonra a las verdades y principios de la Biblia, la decisión extrema de tener que salir de los ambientes permisivos y corruptos, maquillados de mil maneras para que su corrupción pase inadvertida a muchos creyentes sencillos, manipulados o no suficientemente formados como para tener capacidad crítico-analítica, facilitando de ese modo el *pasillo* en el que se desenvuelven a sus anchas los artífices del engaño y la ignominia, los que con suma facilidad y premura arremeten contra sus objetores acusándoles de tener *un mal espíritu*.

El abandono de los círculos donde se niega la Santa Palabra de Dios, donde se aprueban formas de vida y conducta contrarias a los preceptos bíblicos, para nada significa abandonar la *congregación de los santos*, que es el Cuerpo de Jesucristo en esta tierra, no una determinada organización religiosa, sino responder en conformidad con nuestra conciencia ante Dios y su Palabra, y si es menester también salir de una institución que falsamente se autodenomina *iglesia de Dios*.

La verdadera iglesia de Jesucristo en esta tierra, ciertamente no es perfecta, por paradójica que pueda parecernos esta afirmación, por cuanto todos los creyentes aportamos nuestras propias imperfecciones, pero es un cuerpo formado por hombres y mujeres que buscamos vivir bajo el poder del Espíritu Santo en conformidad con las Sagradas Escrituras. Sólo respecto a esa iglesia pueden aplicarse las palabras de nuestro bendito Redentor:

Mateo 16:18:

*"Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella."*

No creemos estar exentos de responsabilidad. Tampoco pretendemos hacer una crítica como juicio condenatorio, sino un análisis de la situación en que vivimos, y dentro de la cual nos encontramos todos sumidos, no como espectadores sino como participantes de ella. Pretendemos hacer más descriptiva que juicio, pero, naturalmente no renunciamos al "juicio" en su acepción de *comprensión, entendimiento y análisis*. Perder el *juicio* sería caer en la locura. Es así de fácil. Pero renunciar a la capacidad de enjuiciar todas las cosas con que Dios nos ha dotado sería caer en el infantilismo de la parvedad en que nos consta pretenden nos asfixiemos quienes se sirven de la iglesia de Cristo en lugar de ser sus servidores. Hoy es perfectamente sabido por todos cuantos nos hemos tomado la molestia de investigar un poco esta cuestión, que esa es una de las más elementales técnicas de manipulación y dominación, tanto en el mundo de la política como en las sectas filosóficas y religiosas, disfrazadas de iglesia de Jesucristo.

Creemos que actualmente, como tantas veces aconteció en el pasado, el Espíritu Santo está hablando a los corazones de muchos cristianos verdaderos en la redondez de la tierra, y que en el futuro inmediato veremos el nacimiento de muchas iglesias no denominacionalistas dispuestas a establecer su fundamento en la Palabra de Dios, sin hacer concesiones a los poderes de este mundo, aunque tal postura y renuncia supongan ser iglesias pobres a los ojos de este mundo. No serán iglesias atractivas para quienes estén saturados por el espíritu mercantilista de este siglo, pero habrá siempre un remanente fiel que salga de *Babilonia* hacia *Jerusalem*. Al fin y al cabo, esa es la pobreza de Jesucristo, que no hemos de confundir con una situación paupérrima que nuestro Maestro nunca padeció, sino la realidad constatable de que Jesús nunca necesitó de las muchas cosas que otros han demandando, como reconocimientos y prebendas, por lo que estamos convencidos que tampoco su iglesia ha de precisar tales privilegios mundanos.

Conviene que tengamos muy presente que en las Sagradas Escrituras somos llamados a permanecer fieles a nuestro Señor Jesucristo, único dueño de nuestra conciencia, y a resistir todas las tendencias a conformarnos al sistema mundial imperante, en la certeza de que jamás hallaremos enseñanza alguna que nos remita a ejercer fidelidad a organizaciones humanas que pretendan erigirse por encima de la realidad dual de la iglesia de Jesucristo, en su plano local y en el de su comunión espiritual con todos los redimidos en la redondez de la tierra, más allá de toda barrera establecida para mantener distanciados y separados a los hermanos, y de ese modo justificar la existencia y el sostenimiento de los burócratas religiosos que desde antaño desplazaron a los hombres y mujeres levantados por el Espíritu Santo.

Creemos que ahí radica el miedo y el rechazo de parte de las iglesias institucionalizadas a toda corriente del Espíritu Santo, por cuanto tal cosa

significa la pérdida del control que los burócratas ejercen después de haber desplazado a los hombres y mujeres dotados con los carismas del Espíritu Santo para edificación y beneficio de la iglesia del Resucitado.

## II La iglesia del Nuevo Testamento.

La voz que transliteramos por *iglesia* en el Nuevo Testamento es el vocablo “*ekklesía*”. Ese fue el nombre griego dado a la primera comunidad mesiánica de discípulos de Jesucristo en Jerusalem. Corresponde al hebreo “*qahal*”, y es la voz que la versión bíblica que conocemos como “*Septuaginta*” o “*Versión de los LXX*” emplea como término equivalente griego para referirse a la reunión del pueblo fiel de la Alianza ante Dios.

“*Ekklesía*” era el vocablo griego para referirse a una asamblea formada por ciudadanos convocados para la ejecución de alguna responsabilidad cívica. Así hallamos también este término en su sentido secular en varios textos del Nuevo Testamento, como por ejemplo:

Hechos 19:32, 41:

*“Unos, pues, gritaban una cosa, y otros otra; porque la concurrencia (“ekklesía”) estaba confusa, y los más no sabían por qué se habían reunido... Y habiendo dicho esto, despidió la asamblea (“ekklesía”).”*

Con este sentido pasó a designar la asamblea de los fieles a Jesucristo, tanto en el plano de la congregación local, como en el de todos los fieles en la redondez de la tierra, y de todos los redimidos de todos los tiempos: pasados, presentes y futuros.

Los sentidos local y universal de la iglesia de Jesucristo se desprenden claramente de varios textos neotestamentarios, entre ellos veamos estos dos en las Cartas a los Corintios y a los Colosenses:

1ª Corintios 1:1-3:

*“Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes, a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro. Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.”*

Colosenses 1:18, 24:

*“Y Jesucristo es la cabeza del cuerpo que es la iglesia... Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia.”*

Por eso es que cuando Jesús menciona la palabra “*iglesia*” está refiriéndose a los cristianos, sus discípulos, la comunidad de fieles que creen en Él, sin ninguna connotación de organización al estilo de las corporaciones humanas, políticas y religiosas de todos los tiempos.

Estas son las dos ocasiones en que la palabra *iglesia* nos llega de labios de nuestro Señor Jesucristo en los Evangelios. Si recibimos el texto como tal, sin proyectar nosotros sobre él nuestras ideas apriorísticas basadas en nuestra cultura y en nuestras propias experiencias personales y sociales, nos resultará fácil comprobar que Jesús se refiere a la asamblea de los fieles discípulos, sin ninguna otra connotación organizativa o administrativa.

Nuestro problema radica en que hacer una lectura sin decirle nosotros al texto lo que queremos que nos diga, no es precisamente un ejercicio fácil. Pero no por esa dificultad vamos a dejar de intentarlo en nuestro ensayo:

Mateo 16:16-18; 18:15-18:

*“Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo (el Mesías), el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro (“Petros”, un fragmento de la roca), y sobre esta roca (“Petra”) edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella... Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano. De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo.”*

El *tinglado de la antigua farsa*, recordando el comienzo del prólogo de la obra “*Los Intereses Creados*”, de Jacinto Benavente, que caracteriza a las organizaciones autodefinidas como *iglesias*, y que llega hasta nuestros días, vendría algunos años después. La *iglesia* institucional tardaría algún tiempo en producir su advenimiento y a echar y profundizar raíces entre nosotros.

Sin embargo, no pretendemos hacer pensar a nadie que estamos en contra de algún tipo de organización, entiéndase de orden, en definitiva. Es evidente que después del nacimiento de la iglesia sería necesaria alguna forma de orden estructural, especialmente en vista de la rapidez de su crecimiento y desarrollo. Pero no fue esta incipiente organización, simple y básicamente doméstica, la causa en principio del alejamiento de la sencillez familiar de la *iglesia* naciente, hasta volverse alarmantemente aristocrática y autocrática, prácticamente irreconocible unos pocos años después del Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles. Antes bien, semejante desviación se produciría en la medida en la que la iglesia se alejase del entorno hebreo en que nació.

Como consecuencia de ese distanciamiento de las raíces domésticas hebreas de su génesis, se produciría poco tiempo después la vinculación de la

cristiandad al estado imperial. Esta sería la causa primordial de ese alejamiento que se ensancharía como un abismo creciente entre la realidad de las primeras comunidades cristianas y el aparato religioso en que degeneraría.

Los fines se convertirían en medios, y éstos en aquéllos, siguiendo un proceso muy frecuente en la histórica degeneración de casi todas las instituciones en manos de los humanos. El nombre de Dios se llegaría a utilizar, tal como sigue empleándose en nuestros días, para tratar de justificar intereses completamente ajenos e incluso opuestos al Señor y a los más sencillos y oprimidos de entre los hombres, quienes constituyeron el contingente original del cuerpo de discípulos del Resucitado. Esta es una realidad que se mantiene en plena vigencia hasta nuestros días, cuando el mayor porcentaje de cristianos se encuentra en esa parte del planeta que conocemos bajo la denominación de *"tercer mundo"*.

Tampoco queremos hacer pensar que estamos en contra de la realidad y de la necesidad del poder y el justo y legítimo empleo del mismo. En la obra de Dios, al igual que en todas las actividades del quehacer humano, es menester emplear capacidades que ejerzan influencia sobre las personas para alcanzar las metas y objetivos deseados. Nada, pues, hay en contra del liderazgo, siempre, claro está, que éste se emplee legítimamente, dentro de las fronteras de la corrección y el respeto de la dignidad de los otros.

Lo que pretendemos es llamar la atención al hecho de que el poder que ha de emplearse en el desempeño de la obra de Dios nuestro Señor nada tiene en común con el sentido del poder como el mundo caído lo entiende.

Las Sagradas Escrituras aportan datos clarísimos respecto al peligro del poder y su ejercicio cuando los corazones no están limpios delante de Dios, y como resultado se pervierten los objetivos y las motivaciones. Vamos a ver algunos ejemplos clarificadores de lo que venimos diciendo.

El primero de ellos, tomado de la más remota antigüedad, es respecto a aquel Nimrod, de quien la Biblia dice en Génesis 10:8:

*"Y Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra"*

El segundo lo tomamos de entre los monarcas de Judá. Se trata del rey Uzías, de quien se nos dice que durante un tiempo *"hizo lo recto delante de Dios"*, pero, con el paso de los años, y en vista de su aumento de poder, leemos así en 2º Crónicas 26:16:

*"Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina; porque se rebeló contra el Señor su Dios, entrando en el templo del Señor para quemar incienso en el altar del incienso."*

No satisfecho con todos los poderes que le confería su dignidad de rey, Uzías quiso entrar en el campo de las funciones sacerdotales, para su ruina:

2º Crónicas 26:17-21:



*"Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes del Señor, varones valientes. Y se pusieron contra el rey Uzías, y le dijeron: No te corresponde a ti, oh Uzías, el quemar incienso al Señor, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo. Sal del santuario, porque has prevaricado, y no te será para gloria delante del Señor Dios. Entonces Uzías, teniendo en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira; y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente, delante de los sacerdotes en la casa del Señor, junto al altar del incienso. Y le miró el sumo sacerdote Azarías, y todos los sacerdotes, y he aquí la lepra estaba en su frente; y le hicieron salir apresuradamente de aquel lugar; y él también se dio prisa a salir, porque el Señor lo había herido. Así el rey Uzías fue leproso hasta el día de su muerte, y habitó leproso en una casa apartada, por lo cual fue excluido de la casa del Señor."*

Y aquí conviene recordar las claras advertencias que el Señor ordenó a Samuel comunicara al pueblo ante su deseo y exigencia de tener un rey como las demás naciones circunvecinas. Así sería la manera en que se comportaría el monarca que el pueblo demandaba. El texto lo hallamos en 1º Samuel 8:11-18:

*"Así hará el rey que reinará sobre vosotros: tomará vuestros hijos, y los pondrá en sus carros y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro; y nombrará para sí jefes de miles y jefes de cincuentenas; los pondrá asimismo a que aren sus campos y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra y los pertrechos de sus carros. Tomará también a vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras. Asimismo tomará lo mejor de vuestras tierras, de vuestras viñas y de vuestros olivares, y los dará a sus siervos. Diezmará vuestro grano y vuestras viñas, para dar a sus oficiales y a sus siervos. Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores jóvenes, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras. Diezmará también vuestros rebaños, y seréis sus siervos. Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas el Señor no os responderá en aquel día"*

Estos pasajes de las Sagradas Escrituras deberían servirnos, entre muchos otros, de advertencia clarísima sobre el peligro de cualquier tipo de maridaje entre la iglesia y los poderes seculares.

Respecto del uso correcto y digno del poder hallamos en nuestro Señor Jesucristo, como en todos los demás campos, el ejemplo magnífico de nuestro bendito Salvador quien estuvo entre nosotros obrando poderosamente, en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo. Así se expresan los dos discípulos, Cleofás y su compañero, en el camino de Emaús, en su encuentro con Jesucristo resucitado, como leemos en Lucas 24:19:

*"De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo."*

Hechos 10:38: *"Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él."*

Jesús enseñó con absoluta transparencia que sus pretensiones no eran de carácter político, como muchos esperaban y otros hubieran esperado y desearían hasta el día de hoy, que su Reino no era de este mundo, y que, por consiguiente, su camino nada tenía que ver con los intereses y las luchas de los hombres por el poder de dominación. Ese sería el camino de renuncia del poder secular por el que sus discípulos andarían por sus pisadas y recibirían la unción de su Santo Espíritu para dar un testimonio poderoso de su Evangelio.

No podemos imaginar, pues, una iglesia que no entienda que el camino de Cristo es el único que legítimamente se abre ante ella. El Señor que comenzó su ministerio liberando a los oprimidos por el malo, dueño escondido de todos los reinos de este mundo, sanando a los enfermos y proclamando la Buena Nueva del perdón de los pecados y del don de la vida eterna, espera de su iglesia la continuación de tal ministerio. De ahí que Jesús no dejara ninguna enseñanza expresada en abstracciones filosóficas, sino sobre la práctica de la oración y las oraciones públicas, el ejercicio de la limosna y el ayuno, el amor y el perdón, la fe y la justicia, la humildad y el peligro de la tentación de sobresalir en la sociedad y buscar afanosamente el poder de dominación del hombre sobre el hombre, que todo lo destruye a su paso.

\*\*\*\*

### III Lo que Jesús anunció.

Lo que Jesús anunció no fue el advenimiento de la *iglesia* sino la cercanía del *Reino de Dios*.

Desde la perspectiva divina, la *iglesia* no es un fin en sí misma, sino el pueblo convocado para anunciar la cercanía del Reino de Dios; es decir, su presencia activa y revolucionaria dentro de cada hombre, y a partir de cada ser a toda la sociedad humana; y una *transformación interior* que nosotros solemos llamar “*conversión*”, y que el Señor llamó la experiencia de *nacer de nuevo, del agua y del Espíritu Santo*, la cual igualmente genera y desencadena una serie de transformaciones que, por un efecto multiplicador, pueden alcanzar a todos los rincones de la tierra.

Así se lo mostró nuestro bendito Maestro a un principal de la comunidad judía, llamado Nicodemo, en un diálogo que permanece en las Sagradas Escrituras como desafío para que sigamos estudiándolo y aplicándolo a nuestras vidas:

Juan 3:3-7:

*“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu (Santo), no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.”*

El producto de la evolución del cristianismo como religión organizada, tal como lo conocemos hoy en todas sus diferentes versiones, muy poco tiene que ver con el proyecto de Jesús de Nazaret. Los dos mil años que han transcurrido desde el albor de la fe cristiana han producido ideas acerca de Dios que nada tienen que ver con la revelación traída por Jesús de Nazaret. De hecho, pocos son los creyentes que reparan en el sentido de las palabras de nuestro bendito Salvador al decirle al apóstol Felipe en el Evangelio de Juan 14:9: “*¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.*” Semejante aseveración tiene implicaciones de suma importancia: Si verdaderamente ver a Jesús es ver al Padre, eso ha de significar que el parecido ente el Padre y Jesús es inmenso; y si la iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo en esta tierra, eso ha de significar igualmente que la semejanza entre Cristo y si iglesia ha de ser también notable.

Privado de energía espiritual, el cristianismo institucionalizado como una religión más entre otras, llegaría a no tener casi nada en común con ese poder transformador que, según Jesús, había de comenzar por los más empobrecidos y destituidos de entre los hombres, quienes formaron el núcleo de las comunidades nacientes, y a quienes Jesús llamó “*bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos... Bienaventurados los mansos porque ellos recibirán la tierra en herencia.*” (Mateo 5:3, 5).

Muy pocos años después, estas características de *pobres y mansos en espíritu* habrían desaparecido de la corriente principal de la iglesia cristiana, pero no de un remanente fiel que el Señor ha guardado para sí en el curso de los siglos. Apoyada en fuerzas ajenas a las provenientes del Santo Espíritu de Dios, esta religión imperial con pretensiones de *catolicidad*, es decir, de *universalidad*, se alzaría como una espesa y viscosa sombra oscura que ocultaría la gloria del Evangelio de Jesucristo.

Creemos no forzar absolutamente nada, ni hacer un mero juego de palabras, si afirmamos que el *cristianismo* llegó a usurpar el lugar y las funciones de la *cristiandad*. Hoy no es fácil encontrar a cristianos capaces de discernir entre ambos. Una vez más, y siguiendo las corrientes del mundo, se produjo el fenómeno del “*todo para el pueblo, pero sin el pueblo*”.

El cristianismo, solidificado, articulado por poderes religiosos, sociales, culturales, políticos, económicos y militares, degenerado por la alianza entre el *trono* y el *altar*, y entre la *cruz* y la *espada*, llegó a ejercer un poder absoluto, legislando, poniendo y deponiendo monarcas, promoviendo las guerras más sangrientas, devastadoras y duraderas de la historia de occidente, e imponiendo sus propias condiciones de pacificación para adquirir un control todavía mayor.

Así se llega a producir la esperpéntica monstruosidad de las llamadas *Cruzadas*, es decir, “*Guerras Santas*”, y los llamados “*Estados Pontificios*”, absolutamente imposibles de conjugar con la persona y las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo, manso y humilde de corazón, quien con suma claridad afirmó que su Reino no era de este mundo.

Todavía más sangrante debería ser para nosotros, los españoles, haber aceptado la repugnante designación vaticanista de “*Cruzada*” del siglo XX para referirse al enfrentamiento entre hermanos en la Guerra Civil Española, durante el período comprendido entre los años 1936 y 1939, sin que hasta el día de hoy haya rectificado el *cesaropapismo* romano al respecto de semejante monstruosidad, y sin que ningún gobierno democrático, desde la llamada transición hasta nuestros días, se haya atrevido a manifestar la más mínima palabra contra una designación que ayuda a mantener heridas abiertas y crispar a las conciencias, mientras que con el dinero de todos los españoles, comprendidos los no pertenecientes a la confesión católica, desde el estado se subvenciona dicha organización religiosa y la inmensa mayoría de sus instituciones, mediante aportaciones directas, impuestos indiscriminados y exenciones tributarias.

Estas incongruencias históricas son borradas o maquilladas en los libros de texto de nuestros hijos. Las técnicas del *borrón y cuenta nueva*, así como la *tabula rasa*, son empleadas exitosamente desde el poder, llegándose incluso a ofrecer migajas a las demás confesiones religiosas legalmente establecidas para justificar de ese modo el avergonzante disfraz con que se procura ocultar el confesionalidad práctica del estado secular, mande quien mande, probablemente porque en realidad siempre mandan los mismos.

Así sería como la *iglesia* usurparía su lugar al *Reino de Dios*. Hoy, de manera mucho más sutil, mediante métodos y formas más acordes a los tiempos, las organizaciones que pretenden ser la *iglesia* continúan recurriendo a todas las artimañas posibles para mantener o alcanzar su fuerza hegemónica, arrastradas por un alocado frenesí de ambición por el poder, por el afán de dominación, hasta caer rendidas en sus pretensiones de existir para servirse a sí mismas.

Paralelamente, perderán su credibilidad al adherirse a sus propios intereses y perder de vista su razón primordial de existencia, donde, al mismo tiempo, se halla la raíz de su derecho a la libertad y la causa de la pérdida de la misma. Su enloquecido afán por el lucro y el poder constituirá el epicentro de su descrédito ante los ojos del mundo que, como dice una vieja máxima, sabe que *“el poder es difícil de definir pero fácil de reconocer.”*

El Reino de Dios, confundido con la *iglesia*, es el gran desconocido por una enorme parte de la cristiandad, sumida en un fin en sí misma por causa de sus dirigentes, a su vez confundidos o bien por ser *lobos disfrazados de oveja*, de los cuales el Señor ya nos advierte en el Evangelio:

Mateo 7:15-20:

*“Guardaos de los falsos profetas, que viene a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis.”*

Nuestro Señor Jesucristo sabe que lo que se va formando y anidando en la mente y en el corazón de quienes ostentan o detentan el poder o autoridad supera el ámbito de su propósito y acción, llegando a ascender hasta alcanzar alturas insospechadamente elevadas. Hoy muchos expertos hablan de la gestación del *“vicio del poder”*. Así se explica la causa de la salida o abandono de muchos líderes cuando tienen que dejar alguna posición de liderazgo, desde el convencimiento de que sólo desde una posición de dominio podrán servir. La más sencilla consideración de la postura y actitud de quien ha de ser nuestro modelo supremo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, debería bastar para comprender que se trata de una visión totalmente equivocada.

Marcos 10:42-45:

*"Mas Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y sus grandes ejercen sobre ellas potestad. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servidor, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos."*

Juan 18:36:

*"Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí."*

A diferencia de la máxima de muchos políticos que afirman que *"lo único inmoral es perder"*, Jesús no encarga a los suyos luchar por la hegemonía de la supuesta *iglesia* institucional, ni por ocupar un lugar destacado o privilegiado entre los reinos del mundo, sino básicamente por la búsqueda del Reino de Dios y la vivencia en conformidad con sus normas y estatutos. De ahí que Jesús ni escriba un libro, ni ordene construir un templo hecho de manos humanas, ni establezca una sede o capital del Reino en este mundo, por cuanto no es de aquí:

Mateo 6:33:

*"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas (comida, bebida y vestido) os serán añadidas."*

Jesús da el Reino a su manada pequeña, pero lo hace de manera muy sorprendente, pues lo plantea como *búsqueda*, no como propiedad adquirida e inamovible, respecto a la cual podríamos *dormirnos en las pajas*, sino que en su doctrina Jesús nos advierte que el Reino puede ser quitado de las manos de los malos administradores, o de quienes no lo valoran y cuidan adecuadamente, para entregarlo en manos de otros tenidos por dignos. Concretamente, Jesús hace referencia a quienes no reconozcan al Hijo como único y absoluto Señor y Cabeza de ese Reino, cuya embajada en esta tierra es la iglesia de Cristo. Y al proponerles, en la parábola de los labradores malvados, que los principales sacerdotes y los fariseos, ellos mismos, juzgaran lo que el Señor debería hacer con quienes no administraron la viña, golpearon, apedrearon y mataron a sus siervos, y finalmente también asesinaron a su Hijo, aquellos religiosos reconocieron que lo justo sería que el Señor destruyera a los malos sin misericordia y arrendara su viña a otros labradores. Entonces Jesús les preguntó y dijo:

Mateo 21:42-45:

*"¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le*

*desmenuzará. Y oyendo sus palabras los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que hablaba de ellos.”*

La historia demuestra más allá de todo género de dudas que los invasores de la cristiandad naciente erigieron la *iglesia* como poder fáctico entre los reinos de este mundo, diametralmente opuesto a los intereses de Dios y su pueblo:

Lucas 12:32-34:

*“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. Vended lo que poseéis, y dad limosna (griego “justicia”); haceos bolsas que no se envejezcan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.”*

Lucas 17:20-21:

*“Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros.”*

De ese modo, el Reino de Dios, cuya cercanía y señales predicó nuestro Señor Jesucristo, fue quedando opaco, distanciado de la obra transformadora para la cual Jesús de Nazaret lo hizo patente en su persona y obra, como presencia mística del Dios Eterno que viene a este mundo en Jesucristo, y se acerca a nosotros para buscar y salvar lo que se había perdido; es decir, la relación paterno-filial que Jesús nos abre y posibilita a cada uno de nosotros, devolviéndonos la suprema dignidad con que fuimos creados; es decir, ser hijos e hijas del Dios Altísimo, y por consiguiente miembros de su familia. Esta búsqueda nada tiene que ver con la fundación de una religión institucional, dependiente de los poderes de este mundo, amalgamada con la corriente filosófica del neoplatonismo y sus conceptos saturados del *almismo espiritualista* con que llega hasta nuestros días en nuestra cultura occidental *cristiana*.

La violencia religiosa de siglos pasados, llevada a cabo en el nombre de Dios, dio lugar a más derramamiento de sangre del imaginable, la quema en nuestro continente de muchísimas mujeres falsamente acusadas de brujería, la tortura y muerte de muchos miles de hombres, mujeres y niños puestos en manos de los poderes civiles por el llamado *Santo Oficio de la Inquisición*, con sus *hogueras* y *autos de fe*, trasladado después al Nuevo Continente de las Américas.

¡Qué lejos quedaron las palabras proféticas del Antiguo y del Nuevo Testamento!

Sofonías 3:12: *“Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre del Señor.”*

Zacarías 4:6:

*“No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho el Señor de los ejércitos (celestiales).”*

Mateo 26:52:

*“Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán.”*

Efesios 6:17:

*“Tomad el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu (Santo), que es la palabra de Dios.*

La colina vaticana, donde otrora estuviera situado el templo de Marte, dios de la guerra en el panteón romano, siguió demandando el derramamiento de la sangre de los inocentes y de los inconformistas. Nada distinto hacen todos los demás *“montes santos”* y *“ciudades santas”* que se levantan en el horizonte de la religión organizada, independientemente de cuál sea su confesión de fe, comprendida, triste y vergonzosamente, la cristiana nominal. Hay que estar muy ciegos para no verlo, si bien es cierto que su carácter y talante se adaptan a la corriente de los tiempos de forma camaleónica.

Conviene tener presentes las palabras de nuestro Señor Jesucristo en su conversación con aquella mujer samaritana junto al pozo de Jacob:

Juan 4:19-24:

*“Le dijo la mujer Señor, me parece que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalem es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalem adorarán al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”*



## IV La espiritualidad del cristianismo naciente y la burocracia de lo aparentemente sagrado.

La espiritualidad del cristianismo naciente fue sustituida por la burocracia de lo aparentemente “sagrado”. Así permanece hasta el día de hoy.

Este es el germen característico de todas y cada una de las instituciones eclesiales de cualquier signo hasta el presente. Es producto de la condición humana, entiéndase de nuestra vieja naturaleza carnal, cuando ésta no mengua bajo la unción del Santo Espíritu de Dios. De ahí que ninguno de los grandes movimientos iniciados por el Señor en el curso de la historia haya logrado mantener su pureza más allá de la generación que recibiera la visitación del Consolador.

La Persona del Espíritu Santo quedó muy pronto relegada a la mera doctrina escrita, y sus dones, ministerios y operaciones fueron fosilizándose en la forma de ritos sacramentales, ceremonias litúrgicas y estructuras jerárquico-administrativas. Si empleáramos la terminología moderna podríamos decir que pronto la iglesia fue quedando bajo el control de hombres que padecían del síndrome o complejo de Diótrefes, descrito en la 3ª Epístola de Juan 9-10:

*“Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace parlotando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia.”*

De este modo, lenta pero progresivamente, la iglesia fue pasando de las manos amorosas del Espíritu Santo a la jurisdicción de hombres que desarrollan una infrenable pasión por el poder de dominación, es decir, aquellos que pervierten la autoridad convirtiéndola en fuerza agresiva dirigida hacia metas ilegítimas. De éstos nos habla el apóstol Pablo ejemplificándolos en el pasaje que hallamos en 2ª Corintios 11:4-5, 13-15, 20, donde la palabra apostólica nos advierte claramente de lo muy peligroso que puede ser el poder religioso dirigido por el maligno, bajo el disfraz de la aparente autoridad pastoral o ministerial:

*“Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis; y pienso que en nada he sido inferior a aquellos grandes apóstoles... Porque éstos son falsos apóstoles,*

*obreros fraudulentos que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras... Pus toleráis si alguno os esclaviza, si alguno os devora, si alguno toma lo vuestro, si alguno se enaltece, si alguno os da de bofetadas.”*

Una de las más contundentes e incuestionables pruebas de lo que venimos afirmando es que ninguno de los credos o confesiones de fe de las iglesias o denominaciones contiene la doctrina de nuestro Señor Jesucristo, sino una serie de conceptos expresados en abstracciones que la mayoría de los profesantes ni siquiera entiende.

Las palabras finales de nuestro Señor Jesucristo, durante los cuarenta días de la cuenta de las gavillas, la cuenta del *omer*, entre la Pascua y Pentecostés, resucitado y presente entre los discípulos antes de su ascensión gloriosa, quedaron olvidadas poco tiempo después, hasta entrar en los siglos oscuros de la vergüenza y la ignominia. Incluso entre los cristianos de nuestros días, no son precisamente las palabras de nuestro Señor mejor recordadas:

#### Hechos 1:3:

*“Jesús fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios.”*

#### Hechos 1:4-5:

*“Y estando juntos, Jesús les mandó que no se fueran de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.”*

El primer episodio del cumplimiento de la promesa se nos relata en el segundo capítulo del libro de los Hechos de los Apóstoles:

#### Hechos 2:1-4:

*“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen.”*

La misma experiencia del derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés, en Jerusalem, después de la Pascua de Jesús, acontecía en casa del gentil

Cornelio, donde Pedro había acudido para predicarles la Buena Nueva de la salvación por la sangre de Cristo Jesús:

Hechos 10:44-46:

*"Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios."*

Cuando el apóstol Pedro presenta su informe a la iglesia de Jerusalem –de lo que se desprende que los apóstoles obedecían a la iglesia y le rendían cuentas, y no lo opuesto- y relata lo acontecido en la casa del gentil Cornelio, el Espíritu Santo trae a su memoria el hecho de que aquello había sido el cumplimiento de las palabras de Jesús antes de su ascensión a la diestra de la Majestad en las Alturas:

Hechos 11:15-16:

*"Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo."*

El alcance de la promesa del bautismo con el Espíritu Santo a los gentiles ya había sido profetizado por el apóstol Pedro en su discurso de Pentecostés:

Hechos 2:38-39:

*"Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de (griego "epi toi onómati", "por encargo de") Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa (los presentes), y para vuestros hijos (la siguiente generación y su descendencia), y para todos los que están lejos (los judíos de la diáspora); para cuantos el Señor nuestro Dios llamare (los más distantes, la gentilidad)."*

Será el apóstol Pablo quien más elabore respecto al equipamiento que el Señor tiene para su iglesia en la forma de dones, ministerios y operaciones, tanto para los ministerios específicos como para la generalidad de los discípulos:

1ª Corintios 12:1-13, 28:

*"No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales. Sabéis que cuando eráis gentiles, se os extraviaba llevándoos, como se os llevaba, a los ídolos mudos. Por tanto os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo. Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios que hace todas las cosas en todos, es el*

*mismo. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho. Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu. A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere. Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu... Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas."*

Efesios 4:11-16:

*"Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor."*

Las labores eclesiales, en lugar de ser encargadas y dirigidas por el Espíritu Santo, fueron funciones encomendadas por los hombres que detentaban el poder desde estructuras piramidales, desarrolladas para generar siervos obedientes, sumidos en el infantilismo de la subordinación, quienes desplazaban al Santo Espíritu de Dios, haciéndose llamar incluso por nombres y títulos que sólo le corresponden a la Divinidad, como es el caso de la designación de "Santo Padre" al obispo de Roma.

Jesús ya nos advierte de este peligro al describir la actitud de los religiosos de aquellos días y de todos los tiempos:

Mateo 23:1-12:

*"Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres: Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros*

*asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí. Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”*

En lugar de *pastores del rebaño* surgieron las *autoridades eclesiásticas*, burócratas que vivían y viven por encima y al margen del pueblo, y fueron y son sostenidos por los estados seculares y otros poderes fácticos para la defensa de sus intereses inconfesables, todo ello bajo una cubierta de religiosidad y apariencia de piedad.

Estas *autoridades eclesiásticas* serían y son quienes no están interesadas en absoluto en la formación y equipamiento del pueblo de Dios para llevar adelante la labor ministerial, el servicio creativo de los fieles en la iglesia de Jesucristo, sino la subordinación de “*hijos e hijas obedientes*” en un perenne infantilismo enfermizo que facilita el control de las mentes y la sumisión de las conciencias.

El apóstol Pablo hace referencia a este peligro en su dramática despedida de la iglesia de Éfeso, en Mileto:

Hechos 20:29-30:

*“Porque yo sé (dice Pablo) que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos.”*

Sin embargo, el apóstol Pablo no toma ninguna medida carnal para evitar esta apostasía profetizada, sino que se limita a encomendar a los fieles a la gracia divina, dándoles algunas señales del testimonio de su propia vida para que puedan discernir entre los falsos obreros y los verdaderos:

Hechos 20:31-35:

*“Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno. Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados. Ni plata ni oro ni vestido de nadie he codiciado. Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Mas bienaventurado es dar que recibir.”*

Cuando el apóstol Pablo escribe a Timoteo describiendo el carácter de los hombres en los tiempos peligrosos que él anuncia, no está refiriéndose solamente a la sociedad general, al mundo, como muchos suelen interpretar hasta nuestros días, sino también a la incursión de éstos en la *iglesia*. Por eso pone por ejemplo a Janes y Jambres, miembros del pueblo de Dios que resistieron a Moisés, comparándolos a los que desde dentro de las filas cristianas actuarán como réprobos en cuanto a la fe:

2ª Timoteo 3:1-8:

*"También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita. Porque de éstos son los que se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas concupiscencias. Éstas siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad. Y de la manera que Janes y Jambres resistieron a Moisés, así también éstos resisten a la verdad; hombres corruptos de entendimiento, réprobos en cuanto a la fe."*

Naturalmente, el cristianismo organizado pronto dejó de tener profetas y otros ministerios del Espíritu Santo, si bien creemos que el Señor siempre se reservó un remanente fiel. La desaparición de los ministerios del Santo Consolador se debió en parte porque éstos fueron sofocados por las *autoridades eclesiásticas*, y en parte por el propio enmudecimiento del Espíritu del Señor, profundamente entristecido.

Así la iglesia institucionalizada fue hundiéndose en una mediocridad espiritual que sigue siendo la tónica general de la mayoría de las grandes denominaciones cristianas hasta nuestros días, donde el tufo a *partido político* o *sindicato*, con sus acciones y reacciones en base a intereses, influencias y simpatías, resulta asfixiante para muchas almas sensibles.

El propio culto cristiano dejó de ser dirigido por el Espíritu Santo mediante sus carismas para convertirse en una función litúrgica dentro de una disposición de teatro griego. Muy alejada quedaba la descripción que el apóstol Pablo nos da escribiendo a los cristianos de Corinto, en la cual se destaca la presencia y el ejercicio de los dones del Espíritu Santo, sin siquiera hacer hincapié en la centralidad de la figura del presidente de la asamblea, por cuanto éste ha de estar sujeto a Aquél:

1ª Corintios 14:26:

*"Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación."*

Con el surgimiento y desarrollo del episcopado jerárquico desaparecería toda posibilidad de que la propia acción misionera de la *iglesia* siguiera el patrón que Lucas nos relata en el libro de los Hechos de los Apóstoles:

Hechos 13:1-3:

*“Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquia, profetas y maestros: Bernabé. Simón el que se llamaba Níger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo. Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado. Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron.”*

Todo esto queda alejadísimo de la práctica en nuestros días, cuando la decisión de apoyar o no a unos misioneros, como hemos comprobado en varias ocasiones, no deja ni la menor oportunidad para la manifestación de la voluntad del Espíritu Santo, sino que las normas humanas del comité de turno, cuando no las inclinaciones particulares partidistas, determinan la decisión en un sentido o en otro; donde la menor insinuación a buscarla dirección del Señor es tildada de sentimentalismo y de dejarse mover por el corazón.

Volviendo a la historia, constatamos que el testimonio general de las Sagradas Escrituras es que muchos de los reyes de Israel y Judá fueron arrastrados por el sentimiento de ambición por el poder desmedido, irrestricto o mal encauzado. No es de extrañar, pues, por cuanto semejante tendencia tiene su origen en el corazón de Satanás, quien vivió esto en su propio ser, como testimonia la Escritura.

Deberíamos ser más cuidadosos al respecto de nuestra evidente tendencia al hambre de poder, y considerar muy seriamente nuestra propensión a dejarnos invadir por el orgullo y la soberbia, sin que haya ningún corazón que pueda librarse de esta fortísima tentación de la carne, es decir, de nuestra vieja naturaleza carnal.

Por otra parte, es un hecho que el ejercicio del poder provoca la soberbia, y ésta es una ventana a través de la cual penetra el viejo susurro del maligno en sus diversas expresiones, como por ejemplo *“no moriréis... seréis como dioses... te daré todos los reinos del mundo, si postrado me adorares”*, y cosas semejantes que inducen a los hombres a creer que no hay límites al poder humano.

Así vemos el cumplimiento milimétrico de las palabras de Proverbios 16:18: *“Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu”*, y no solamente en los tiempos de la antigüedad del pueblo de Dios, sino igualmente en nuestros días, cuando muchos predicadores y pastores de las *megaiglesias* en los Estados Unidos y en Latinoamérica --los que ya no se conforman con hacerse llamar *“obispos”*, sino incluso *“apóstoles”* en un sentido jerárquico ajeno a las Sagradas Escrituras-- con una larga cohorte de *teleevangelistas* y líderes de *macroorganizaciones* y demás vendedores de religión, caen en la fascinación de sus sueños de poder ilimitado, se

enloquecen en medio de las multitudes que les aplauden y vitorean convirtiéndoles en auténticos gurúes e iluminados supuestamente más allá del bien y del mal.

Mientras tanto, su gran contingente de seguidores no repara en el eufemismo de denominar “*ministerios*” a tales emporios, diametralmente opuestos a las pautas dadas por nuestro Señor Jesucristo. Deslumbrados por el fulgor de estos jerarcas de los tiempos modernos, pocos son los hermanos que reparan en el hecho del carácter autocrático, independiente y solitario de estos líderes religiosos que viven convencidos de no tener que rendir cuentas a absolutamente nadie, por cuanto ellos son los ungidos que legitiman todas sus acciones justificándolas bajo el pretexto de su crecimiento numérico y crematístico, así como de que según ellos la iglesia ha de ser una teocracia en la que toda palabra, poder y autoridad de lo alto desciende sólo, única y exclusivamente sobre el ungido de turno, quien pone fecha y precio a los milagros de Dios. Es a estos *nicolaítas* de nuestros días a quienes les sigue una caterva de hombrecillos y mujercillas a quienes ha encargado la comercialización de sus productos del *merchandising evangélico* de libros, discos, revistas, panfletos, camisetas, insignias, pins, etc.

Volviendo a la historia, la estructuración jerarquizada de la iglesia marcaría igualmente la desaparición de la mujer dentro de su cuerpo ministerial, reduciéndose a labores de naturaleza auxiliar. Pero la prueba de que no fue así al principio se desprende de varios textos del Nuevo Testamento. El primero que vamos a considerar se halla en el libro de los Hechos de los Apóstoles, y en él se desprende con toda evidencia que la profecía era don y ministerio ejercido por la mujer en la iglesia del primer siglo. A este respecto es importante tengamos presente el propósito de la propia profecía como don ministerial:

*“El que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación.” (1ª Corintios 14:3).*

Y respecto a la presencia de profetisas entre el pueblo cristiano naciente, no puede quedarnos ninguna duda al considerar el testimonio neotestamentario:

Hechos 21:8-9: *“Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él. Este tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban.”*

Quienes hoy hacen piruetas exegéticas malabares para tapar la boca de las mujeres cristianas, deberían considerar muy seriamente estos textos de la Santa Palabra de Dios dejando que sea la Sagrada Escritura quien hable, y no la tradición denominacionalista de turno.

Veamos ahora el siguiente texto. Se encuentra en un capítulo bastante olvidado de la Carta de Pablo a los Romanos. Se trata del 16, el último de la Epístola, en el cual podemos hallar información valiosa en medio de los saludos del apóstol:



Romanos 16:1-2:

*“Os recomiendo además nuestra hermana Febe, la cual es diaconisa en la iglesia de Cencrea; que la recibáis en el Señor, como es digno de los santos, y que la ayudéis en cualquier cosa en que necesite de vosotros; porque ella ha ayudado a muchos, y a mi mismo”*

Este es un brevísimo pasaje que suele pasar inadvertido a primera vista, quizá por estar entre saludos que se nos antojan carentes de importancia. Sin embargo, en tan solo un puñado de palabras el apóstol Pablo es capacitado por el Santo Espíritu de Dios para mostrarnos que esta mujer, Febe, es representativa del papel de una ministra en los días del Nuevo Testamento. Su propio nombre, cuyo significado es *“resplandeciente”, “brillante”,* como forma femenina de *“Febo”,* el nombre dado al sol, nos habla del ministerio de esta hermana.

Es muy significativo que Pablo la reconozca como *“diaconisa”,* es decir, como *“sierva”,* y no sólo como tal, sino como *“sierva de la iglesia en Cencrea”,* lo cual, según los estudiosos del Nuevo Testamento, aporta un carácter más técnico al título. Sin embargo más importante que el hecho de que Pablo la denomine *“diaconisa”* --en el original griego el término se emplea indistintamente para el varón como para la mujer-- es que la describe como *“prostátis pollon”, “ayudadora de muchos”,* expresión en la que se encuentra presente el verbo *“proístemi”,* el cual aparece ocho veces en el texto del Nuevo Testamento, y siempre, sin excepción, conlleva el sentido de *“dirigir”* o *“presidir”,* como es el caso de Romanos 12:8, donde se requiere que quien *presida a la comunidad cristiana ha de hacerlo con solicitud.*

El sentido, pues, del verbo *“ayudar”* no hace referencia a una ayuda de naturaleza auxiliar, como tristemente se ha interpretado en el curso de la historia, sin duda por la marginación a la que las iglesias institucionales han condenado a la mujer, distanciándolas del púlpito y de la mesa del memorial, sino que este vocablo griego hace referencia al servicio de *dirigir, presidir y coordinar,* como se desprende de los diversos pasajes neotestamentarios donde encontramos esta voz.

El verbo aparece también en 1ª Tesalonicenses 5:12 como *presidir,* en su verdadero sentido, más allá de simplemente dirigir el orden de un servicio de adoración, como suele también entenderse en nuestros días:

*“Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de la obra. Tened paz entre vosotros.”*

Veámoslo también en 1ª Timoteo 3:4-5, 12 donde se traduce por el castellano *gobernar:*

*“que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad (pues el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la*

*iglesia de Dios)... Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas.”*

Y en 1ª Timoteo 5:17 volvemos a hallar este vocablo perfectamente traducido por *gobernar*.

*“Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar.”*

¿Pretendemos decir que *“ha ayudado a muchos”* es una mala traducción? En absoluto. Lo que afirmamos es que el verbo que nos ocupa tiene un matiz particular respecto al sentido de la *ayuda* a la que se refiere; es decir, la ayuda o servicio de que se trata, a la luz de los otros pasajes neotestamentarios donde se halla este verbo del griego coiné, es la *ayuda* o *servicio* de *cuidar* la asamblea cristiana *presidiendo, cuidando, gobernando, administrando y amonestando*. En su forma sustantivada, es decir *“proistámenos”* siempre significa *“administrador”, “superintendente”* o *“supervisor”*.

La ambigüedad de la traducción por *“ayudar”*, en el caso de la referencia a la hermana Febe, precisa, como acabamos de comprobar, la explicación oportuna que hemos dado. No juzgamos si esta ambigüedad es casual y fortuita o responde al machismo inconsciente de los traductores y editores de las Sagradas Escrituras, o a su vinculación a las teologías subyacentes y su dependencia de las iglesias o movimientos patrocinadores de las traducciones. Nosotros, como dice el refrán castellano, nos limitamos a *“no decir ni sí ni no, pero ayudamos a nuestro Señor.”*

En el curso de los siglos, el Señor ha llamado en repetidas ocasiones al despertamiento de su *iglesia* mediante el derramamiento de su Santo Espíritu, llamando al arrepentimiento del pecado y al seguimiento de Jesús de Nazaret con la sencillez del principio.

Hechos 2:41-47:

*“Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenía en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”*

Pero la respuesta más generalizada ha sido la acomodación a los poderes imperantes, la búsqueda de patronazgos, la venta al mejor postor, la adhesión al más poderoso mecenas, y el rechazo virulento de toda auténtica renovación promovida por el Santo Espíritu de Dios. Así fueron combatidos y asfixiados todos los movimientos inspirados por el Santo Consolador mediante las

medidas más sangrientas imaginables. Así pues, la historia ha registrado cómo Roma no dudó en decretar “*Cruzadas*” contra cátaros, albigenses, anabautistas, husitas, menonitas, etc.

Las *autoridades eclesiásticas* saben que volver a los orígenes podría significar el retorno a la contemplación del Reino de Dios, muy alejado de los reinos de este mundo; pudiera implicar el inmenso riesgo para estas supuestas autoridades de que la cristiandad viera el Reino de Dios sin relación con la riqueza y el poder como este mundo los entiende, sino, antes bien, su pertenencia a los humildes, el ensalzamiento de los destituidos, y el avance de quienes ocupan los últimos puestos hacia los primeros. Y, como es de esperar, todo esto provoca pavor entre los profesionales del cristianismo organizado y sus mentores.

En lugar de promover y facilitar el encuentro de las almas con el Dios Eterno manifestado en carne en Jesucristo, y presente hoy en el mundo en la bendita Persona del Espíritu Santo, las organizaciones religiosas han centrado todos sus esfuerzos en sí mismas, sustituyendo al propio Señor por las supuestas *autoridades eclesiásticas*. Incluso en algunos casos han pretendido ser una extensión de la propia encarnación del Verbo, y, por lo tanto, han llegado a presentarse ellas mismas como la propia salvación, negando toda posibilidad de perdón y vida eterna fuera de su ámbito de influencia y poder.

Después de todo lo dicho, nadie piense que estamos en contra del ejercicio de la autoridad. Creemos que ésta es necesaria, si bien es menester comenzar por asumir que la autoridad puede emplearse para la ejecución del bien o del mal. El problema, pues, no radica en el desempeño de la autoridad, propiamente dicha, sino en la realidad constatable de nuestra tendencia humana hacia el egoísmo, el orgullo, la soberbia y el afán de dominación sobre los demás. Por consiguiente, por más unción que hayamos podido recibir, nuestra actitud y nuestra oración ha de seguir las pautas de la plegaria que hallamos en el Salmo 19:12-13:

*“¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión.”*

Hay límites para el poder y la autoridad de los hombres, en la iglesia de Dios y en todos los demás órdenes de la vida. Sólo al Señor le ha sido dada “*toda potestad en el cielo y en la tierra*”. (Mateo 28:18). Y Él nos da autoridad, efectivamente, no para hacer nuestra voluntad indiscriminadamente, por muy legítima que ésta pueda ser, sino para cumplir sus mandamientos en fiel obediencia amorosa. Por eso es que cuando el poder no cuenta con el imprescindible contrapeso de la responsabilidad, es decir, de la obligatoriedad del rendimiento de cuentas, primeramente a Dios nuestro Señor, y después a los hermanos, irremisiblemente se convertirá en tiranía, incluso aparentemente bien intencionada, pero siempre tiranía.

## V Muy avanzados en la apostasía.

Con la pérdida de la espiritualidad divina, la *iglesia permisiva y corrupta* puede estar más avanzada de lo que imaginamos en el camino que la conduce inexorablemente a la gran apostasía de la que advierten las Sagradas Escrituras.

Lo más terrible es que por mirar a *los de enfrente* nos pasa inadvertido el problema que tenemos *en nuestra propia casa*. En esta ocasión se cumple aquello de “*el jardín de mi vecino siempre está más verde que el mío*”. No vemos nuestra propia porquería por pasar mucho tiempo mirando por encima del vallado la suciedad del de al lado y parecemos su mugre siempre mayor que la nuestra.

Una vez dije en algún foro que ya he olvidado que “*si malo era tener un Papa, peor era tener muchos*.” Hace mucho de eso, y ni siquiera recuerdo si la frase fue una ocurrencia mía o algo leído o escuchado en algún lugar. Me inclino a pensar que no es de mi *cosecha particular*, pues es una afirmación francamente acertada. Naturalmente, se me malentendió, como era de esperar, y comprendo que es lógico que así fuera, porque la afirmación tiene sus *perendengues*, que, por otra parte, no me ruborizo en sostener hasta el día de hoy. En eso me parezco a quienes tampoco la han olvidado; de lo que se deduce que por el momento parece que todos tenemos buena memoria para lo que queremos. Pero el tiempo se ha encargado de confirmar en mi mente y en mi corazón este pensamiento. Veamos y razonemos:

¿Quién iba a imaginar, desde nuestras *coordenadas protestantes*, con toda su austeridad de origen septentrional y su supuesta centralidad en las Sagradas Escrituras, que íbamos a contemplar la *rimbombancia* y el *glamour* de presentadoras y presentadores de aspecto mundano en los medios evangélicos, y el culto a la personalidad de los denominados *tele-evangelistas*, como si fueran estrellas del *octavo arte*?

¿Quién hubiera podido imaginar que dentro de las filas “*evangélicas*” se iban a vender pañuelos y velas ungidas, al estilo del comercio de las indulgencias que produjeron el gran cisma de la cristiandad en el siglo XVI, junto a agua del Jordán o piedras de la tierra de Israel? Es muy probable que en poco tiempo, si nuestro Señor no viene antes, las librerías evangélicas se asemejarán notablemente a las exotéricas de Nueva Era. Está demostrado que cualquier producto, poniéndole un versiculito bíblico, pasa por cristiano.

¿Cuándo hubiéramos supuesto que se iban a producir millones de ejemplares de libros y otros soportes para divulgar apenas unos textos bíblicos mezclados

con psicología barata y una ligera dosis de técnicas un poco rancias de gestión empresarial y *management*, mientras paralelamente la Sociedad Bíblica llega a detectar y reconocer públicamente un galopante analfabetismo bíblico en la mayoría de las iglesias de España, a lo que hemos de sumar toda esa caterva de libros y publicaciones con portada y título diseñados por expertos del campo publicitario, pero que después tanto nos decepcionan por su contenido?

¿Quién hubiera podido esperar que se venderían “*pins de angelitos*” en las *librerías evangélicas*? Ni en los peores sueños habiéramos sido capaces de contemplar a predicadores que se negarían a desplazarse a menos que lo pudieran hacer en su jet privado y se alojaran en hoteles de cinco estrellas. ¿Acaso hemos olvidado que nuestro bendito Salvador anduvo siempre al mismo nivel del resto de los mortales, evitando siempre todas las barreras posibles entre su persona y las demás almas? Es difícil borrar de mi mente la expresión de un amado pastor que me confesaba el dolor, la vergüenza y la tristeza que le producía el gasto desmesurado que suponía para las iglesias de su ciudad la visita de un afamado tele-evangelista, así como su falta de valor para oponerse a la celebración del *evento*, por no ser descalificado por una mayoría dispuesta a invertir en un efímero acontecimiento mucho más de lo que habían invertido durante años en la difusión de las Sagradas Escrituras.

¿Quiénes habiéramos supuesto que llegaría el día en que habría evangelistas con tarifas fijas de servicios en función del lugar a desplazarse, el número de sus intervenciones y la duración de las mismas? Los conocemos por nombre y apellido --en este caso un solo apellido- así como la mayúscula sorpresa que se llevaron quienes les contrataron al descubrir que en alguno de los libros de aquella “*estrella*” se atrevía a pronosticar una fecha para la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo.

¿Quiénes habiéramos imaginado el surgimiento de empresas de la “*espiritualidad*”, que desde el marketing y la publicidad hablan más a los bolsillos que a los corazones para crear un ejército de compradores y seguidores con características de *fans* incondicionales?

¿Quiénes habiéramos podido suponer que llegaría el día en que se formarían enormes contingentes de buscadores de señales en lugar de buscadores del Señor? Conocemos por nombre y apellidos --en este caso dos apellidos-- a quienes han despreciado la sencilla oración de su iglesia local para desplazarse a muchos kilómetros en busca de la oración de un hermano famoso que, después de haberles decepcionado al pedir a uno de sus ayudantes que orase por ellos, les recomendó que comprarán su *curso de milagros* en una colección de cassettes o en *CDs*, importados de los Estados Unidos, a precio escalofriante; y que actualmente estos pobres hermanitos están pasando por una etapa de frustración indescriptible, de la que esperamos saldrán por la misericordia de Dios y el sencillo ministerio de su humilde y despreciado pastor o quien le substituye.

¿Cómo habiéramos podido pensar que llegaría el día en que se predicaría a Cristo Jesús sin llamar al arrepentimiento a los pecadores, sino exclusivamente

proponiéndoles la búsqueda de algún milagro en medio de un ambiente circense de pompa, boato y fanfarria de medios electrónicos?

¿Quién podría haber imaginado que las *"palabras persuasivas de humana sabiduría"*, como el apóstol denominaba las artimañas de filosofía y sabiduría humanas, que hoy llamaríamos *"manipulación psicológica de la comunicación"*, llegarían a reemplazar a la Santa Palabra de Dios, haciendo vana la Cruz de Cristo?

Jamás hubieran podido imaginar los hermanos más genuinamente *pentecostales* de entre aquellos que fueron expulsados de las iglesias tradicionales, en el giro del siglo XIX al XX, por orar en lenguas y unguir con aceite a los enfermos, que llegaría el momento en que la ministración de sanidad y la liberación de los endemoniados se convertiría en un espectáculo perfectamente organizado, sin discernimiento alguno entre lo que ha de ser abierto y público, y lo que demanda la intimidad de ese ámbito donde sólo el Señor nos ve.

Tampoco hubiéramos podido pensar que personas sin preparación adecuada, ni teológica ni psicológica --incluso sin haber terminado el primer ciclo de educación primaria-- se atrevieran a manipular las conciencias, bajo el pretexto de denominar sus auténticas fechorías *espiritualoides* con terminología sofisticada, como por ejemplo, *"consejería espiritual"*, *"sanidad interior"*, *"teoterapia bíblica"*, y un sinfín de eufemismos que no pasan de ser *zarandajas*, penetrando en intrincados laberintos psicológicos, escarbando en las almas en busca de faltas y pecados pasados, despertando complejos de culpabilidad, incluso en aquellos que ya confesaron sus pecados al Señor y fueron perdonados por la gloriosa obra de nuestro Señor Jesucristo en la cruz del Calvario, conforme a la promesa divina, produciendo de ese modo deterioros y daños en el alma de difícil reparación posterior.

Nunca hubiéramos imaginado que el consumo, el mercado, el comercio, la competitividad, el interés y el espíritu mercantilista, que lógicamente transforma todo cuanto toca en mercancía consumible, comprendidos los aspectos más íntimos del sexo y la religión, pudieran invadir nuestro cristianismo evangélico, tildado actualmente de *"capillismo"* por quienes van de *"yupis"* por la vida, y llegan a calificarnos de *"cavernícolas"* cuando hacemos referencia a los principios del Evangelio, incluso a los históricos de la propia denominación en que nos desenvolvemos, al proponer nuestra permanencia en ellos, según los cuales vivieron y murieron quienes nos pasaron el *testigo*. Me refiero a aquellos hermanos que nunca dispusieron de fondos abundantes para hacer grandes cosas, pero las que hicieron las llevaron adelante con la grandeza de la limpieza y sencillez del Evangelio de Jesucristo, sin tener que recurrir a los poderes seculares, ni mucho menos mentir para conseguir ayudas y subvenciones. Su interés respecto a la formación de los futuros pastores se centró en la excelencia espiritual y la consagración al Señor, sin abandonar la formación académica, pero sin obsesionarse por la *"titulitis"* ni los reconocimientos académicos formales. Nosotros a todo este embarrado de confusión respondemos diciendo: ¡Bendito *"capillismo"*!

El proyecto de Jesús de Nazaret fue y sigue siendo enviar a los suyos como el Padre le envió a Él. Su iglesia está llamada a predicar por todos los caminos la Buena Nueva de la Salvación, el Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios, el arrepentimiento y el perdón de los pecados por la fe en Jesucristo, las señales de la liberación de los oprimidos por el malo, y de la sanación de los enfermos, el consuelo de los afligidos, y la cercanía del Gran Día de Dios, con la Segunda Venida de Cristo Jesús con poder y gran gloria, para despertar a quienes vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica y transformar en un abrir y cerrar de ojos a sus discípulos fieles vivos, y así instaurar nuevos cielos y nueva tierra en los cuales morará la justicia.

En pocas palabras, el Señor nos comisiona, no a exaltarnos y desarrollar afanes de dominio y supremacía, sino, antes bien, nos envía sencilla y llanamente a servirle a Él y a nuestro prójimo, sea éste creyente o no. Nuestra comisión es servir dondequiera que nos hallemos y bajo cualesquiera circunstancias nos rodeen, primeramente mediante la proclamación del Evangelio de la gracia y del Reino de Dios, y después procurando la libertad para todos, así como la satisfacción de las necesidades materiales inmediatas de los más empobrecidos.

El mensaje original de la predicación del Evangelio por parte de nuestro bendito Salvador nos llega con suma claridad en muchos pasajes, entre ellos en los siguientes textos en los que podemos ver a Jesús accesible a todos, en contacto con los pobres, enfermos y desarraigados de la sociedad, sin exhibir signos externos de poder al estilo que tanto agrada a muchos religiosos de nuestros días:

Marcos 1:14-15:

*“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.”*

Mateo 4:23-24:

*“Y recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y se difundió su fama por toda Siria (Palestina); y le trajeron todos los que tenían dolencias, los afligidos por diversas enfermedades y tormentos, los endemoniados, lunáticos y paralíticos; y los sanó. Y le siguió mucha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalem, de Judea y del otro lado del Jordán.”*

Juan nos transmite las palabras de Jesús resucitado respecto a nuestra comisión y responsabilidad como continuación del ministerio iniciado por nuestro Señor:

Juan 20:21-22:

*“Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.”*

Pero, ¿a quiénes les interesan estas cosas? ¿Qué lugar ocupan estas verdades en el alma de las denominaciones cristianas de nuestros días? A todas las “hijas” de la Reforma, tanto las *naturales*, descendientes del siglo XVI, como las *entroncadas* en tiempos más recientes, las que fueron paradójicamente tan perseguidas por Roma como por Martín Lutero y los príncipes electores que apoyaron al reformador en su proyecto de una *iglesia nacionalista pangermánica*, sólo parece importarles la solidificación corporativa de sus organizaciones eclesiales, su institucionalización, su sustantivización, su poder hegemónico, donde lo logran o comparten, o cuando menos el reconocimiento de su lugar y status dentro de la sociedad, con todos los privilegios y prebendas alcanzables de parte del estado secular, en notable imitación de la iglesia romana, aceptando a veces auténticas migajas al coste de abrir una brecha de división que difícilmente podrá cerrarse.

¿Quién podía imaginar que los “*evangélicos españoles*”, aquellos famosos “*treinta mil*” de la posguerra, iban a llamar a la puerta del “*castillo de Herodes*” para solicitar subvenciones y una casilla en la Declaración de la Renta de las personas físicas para dedicar un porcentaje del IRPF como ofrenda a favor de la Obra de Dios por medio del estado secular y de Ferede? Y es que las aguas siempre vuelven a sus cauces originales. Antes de ser “*hijas de la Reforma*” fueron “*hijas de Roma*”, y como dice el adagio: “*Roma semper idem*”.

¿Quién hubiera podido imaginar que los bautistas íbamos a votar libremente aceptar asignaciones monetarias de parte del estado secular, ignorando y entrando en evidente contradicción con nuestros propios principios? Vamos a hacer memoria de ellos:

*“La Iglesia de Jesucristo no necesita el sostenimiento del poder civil. Toda intervención en este sentido no es protección sino piedra de tropiezo para los fines cristianos. Tal cosa crea profesantes pero no creyentes. Sólo las metas conseguidas por el evangelio y el amor de Jesucristo tienen la bendición de Dios. La iglesia debe ser sostenida y proyectada por los hombres y mujeres que han entronizado a Jesucristo en sus vidas, sin ningún otro compromiso.”*

Hemos verificado personalmente que, aparte de las cuestiones crematísticas y administrativas, en pavorosa semejanza a los intrínquilis de los partidos políticos y la organizaciones sindicales, todos los demás intereses serán calificados despectivamente desde el poder estructural denominacionalista como asuntos *místicos*, *espiritualoides* y *carismáticos*. Se harán oídos sordos a quienes, incluso desde las filas más neutrales de los estudiosos de la sociedad, nos advierten respecto al futuro del cristianismo, diciéndonos que todo parece indicar que sólo será contemplado como una alternativa para el hombre postmoderno en la medida en que no pierda su sentido místico, sobrenatural e independiente de los poderes seculares fácticos.



Desde la sociología y las demás ciencias y disciplinas sociales se nos advierte que el hombre actual no se siente atraído por la iglesia tal y como es concebida en el presente. La filosofía disfrazada de teología promulgará el cese de los dones del Espíritu Santo, y calificará de *descerebrados* a todos cuanto afirmamos que “*Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos*”. (Hebreos 13:8). Tendremos incluso que soportar que algún *psiquiatra evangélico* escriba desde su feudo, sin jamás haberlo rectificado, que quienes “*oramos en lenguas tenemos frecuentemente aliento de alcohol*”.

Pero todo eso no es sino el brote esperpéntico que dimana del temor pavoroso que sienten o barruntan los profesionales de la religión organizada, especialmente los asalariados que no están dispuestos a dar su vida por el rebaño que les ha sido encomendado; de su espanto ante la posibilidad de que el pueblo sencillo pueda descubrir que Jesús de Nazaret nunca quiso que las ceremonias religiosas, ni siquiera la propia Ley divina, fuese más grande que el hombre, en quien Jesús enseñó que está la presencia de Dios; de donde quien alimenta al pobre, al Mesías nutre, y quien viste al desnudo, a Cristo cubre. Nos hará bien recordar el pasaje del juicio a las naciones:

Mateo 25:37-40:

*“Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”*

Desde el momento en que Dios ha venido al mundo en Jesucristo, la vida del discípulo es una existencia en la presencia de Dios, y su encuentro con su prójimo es igualmente un encuentro con el Señor dentro de la expresión de la vida cotidiana, en los momentos corrientes de nuestra existencia y de nuestra relación con el mundo, con los demás.

El pavor de los religiosos se acentúa al considerar la posibilidad de una *iglesia* dirigida por el Espíritu Santo, ministrada por hombres y mujeres ungidos por el Santo Consolador con los dones, ministerios y operaciones prometidos. Esa iglesia se escaparía de las manos, del control, y de las intenciones de los sutiles invasores de la cristiandad. Estos religiosos serán quienes enseñan que todo cuanto el Espíritu Santo haga en el pueblo y mediante el pueblo culminará en anarquía, y de esa manera sofocarán la voz profética de la iglesia de Jesucristo, reemplazándola por sus concilios, conferencias, comités y cenáculos.

Lógicamente, optarán por la postura cesacionista respecto a los carismas del Paráclito, como ya hemos apuntado. Su lugar será ocupado por sus propios órganos gobernantes. La voz del Espíritu será cambiada por las decisiones de los hombres plasmadas en sus libros de actas. De ahí que al final de los tiempos, poco antes de la Segunda Venida de Cristo, hallemos al Señor en el umbral de su iglesia, la que ganó al precio de su sangre, llamando a la puerta

como si fuera un mendigo, pero no haciéndolo a la entrada de la institución como tal, sino al corazón de los creyentes dispuestos, uno a uno, a volver a los caminos de la fidelidad al Resucitado:

Apocalipsis 3:20:

*“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.”*

La identificación con el pobre de Nazaret que murió en una cruz del imperio romano, y aquel puñado de discípulos atemorizados y escondidos en las sombras, pero con quienes corrió a reunirse al resucitar, porque eran sus amigos, no es fácil de conjugar con los “doctores en doctorerías”, ni con los “reverendos” y “reverendísimos” con tarjetas de visita que se asemejan más a un historial académico-profesional que a una simple carta de presentación; ni con títulos de una rimbombancia supina, ni con las expresiones eclesiales e institucionales en las que por decreto humano no puede hacer acto de presencia y manifestarse soberanamente el Santo Espíritu del Padre y del Hijo, porque así lo han *decidido* unos cuantos que pretenden tener nombre de algo, generalmente mediocres desconocidos en la vida civil, que hacen toda clase de esfuerzos, maniobras y hasta piruetas para impedir el espacio en el que se oiga la voz del Santo Consolador.

Éstos son quienes obstaculizan el camino a los más habituales portadores de espiritualidad genuina; es decir, a cristianos de *a pie*, hombres y mujeres corrientes y generalmente anónimos, que discurren por todos los caminos de la vida con rectitud y solidaridad, que cultivan el espacio donde se mueve y actúa el Santo Espíritu de Dios, con quienes es absolutamente imprescindible entremos en contacto, hagamos amistad y comunión. Sin ellos, resulta casi imposible la permanencia en las filas del cristianismo organizado, especialmente si se penetra en la nauseabunda atmósfera de sus bajos fondos.

Por otro lado, entre las filas de quienes afirman creer en la vigencia de los dones del Espíritu Santo durante todo el tiempo de la iglesia en esta tierra, y anatemizan y satanizan a quienes no lo ven así, se genera un comercio carismático a cargo de “especialistas” que hacen creer a los incautos que ellos son los *ungidos administradores* de las gracias divinas. Son los *gurúes* de la *super-fe*, de la *teología de la prosperidad*... Entiéndase de la *prosperidad de ellos*, naturalmente, que arrastran tras de sí a muchos *buscadores de señales* y *adoradores de ídolos de carne y hueso*, quienes despreciaron en su momento a sus pobres iglesias y humildes ancianos y pastores que nunca dejaron sus trabajos seculares para cargar a sus iglesias sobremanera, para caer en las manos de explotadores inmisericordes del comercio de la religión; los organizadores de algo parecido a un *nuevo orden*, de una *economía* de su propio *reino*; una especie de nueva sociedad paralela y fantasmagórica a base de súbditos frecuentemente procedentes de la marginación, *epsilones* constructores de un “*Brave New World*” o “*Mundo Feliz*” al estilo del de Huxley. ¡Líbranos de estos *alfa pluses*, Señor!

Conocemos tristemente a algunos de ellos por nombre y apellidos, quienes predicán que los verdaderos cristianos han de vivir en *comunidad*, y acusan de egoísmo e insolidaridad a quienes vivimos con nuestra familia en un piso de 85 metros cuadrados en un barrio de trabajadores, por el que damos muchas gracias a Dios, quien nos permitió adquirirlo al coste de nuestro trabajo personal, mientras ellos mismos habitan casas señoriales e inaccesibles *bunkers*, con servicio doméstico no remunerado, en propiedades adquiridas con los beneficios del trabajo en régimen de explotación de pobres infelices, entre los cuales abundan los toxicómanos y marginados que han recogido y alimentan con comida pasada de fecha y excedente del rancho de cuarteles; enseñan que es menester vivir por “*fe*”, lo cual significa en la práctica que ellos son quienes van a vivir por la *fe de otros*; aparentan llevar una existencia sobria y austera, pero en sus carteras hay varias *tarjetas oro*, viajan en primera y son conocidos en los mejores hoteles y restaurantes dentro y fuera de España.

En su soberbia, estos embaucadores proceden a maldecir a quienes optan por no permanecer en las filas de su emporio, y sobre su conciencia arrastran la sutil responsabilidad de la muerte prematura de algunos de sus viejos adeptos, cuyos nombres y apellidos igualmente conocemos. Sus empresas están al borde de la ilegalidad, cuando no dentro de ella, pero el estado secular mira en otra dirección, en tanto mantienen “*recogidos*” a un contingente importante de personas con alto riesgo de volver a la marginalidad y la delincuencia al regresar a vivir en libertad.

La Santa Palabra de Dios nos advierte con claridad meridiana al respecto del carácter de los hombres en los tiempos anteriores a la Segunda Venida de Cristo, y todo parece indicar que estos personajes responden a la descripción que nos llega en las palabras de nuestro Señor Jesucristo y en la enseñanza apostólica:

1ª Timoteo 4:1:

*“Pero el Espíritu (Santo) dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios.”*

Igualmente, el apóstol Pablo nos advierte respecto al advenimiento de la apostasía que caracterizará al gran contingente de la cristiandad organizada en los últimos tiempos, a semejanza de lo acontecido al pueblo de la promesa en la antigua dispensación:

2ª Tesalonicenses 2:3-4:

*“Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá (nuestro Señor Jesucristo) sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios, haciéndose pasar por Dios.”*

2ª Pedro 2:1-3:

*"Pero hubo también falsos profetas entre el pueblo, como habrá entre vosotros falsos maestros, que introducirán encubiertamente herejías destructoras, y aún negarán al Señor que los rescató, atrayendo sobre sí mismos destrucción repentina. Y muchos seguirán sus disoluciones, por causa de los cuales el camino de la verdad será blasfemado, y por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Sobre los cuales ya de largo tiempo la condenación no se tarda, y su perdición no se duerme."*

Mateo 23:14:

*"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque devoráis las casas de las viudas, y como pretexto hacéis largas oraciones; por esto recibiréis mayor condenación."*

Lucas 18:8:

*"Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?"*

## VI La sociedad actual y las Sagradas Escrituras:

Resulta muy difícil aceptar que los textos siguientes se escribieran hace unos dos mil años y no fueran una crónica reciente respecto a nuestra sociedad actual:

### Romanos 1:18-31:

*“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios les entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén. Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen; estando atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia; quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican.”*

### 1ª Corintios 6:9-11:

*“¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se*

*echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios.”*

Gálatas 5:19-21:

*“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.”*

No se trata de una situación completamente nueva. La corrupción producida por el pecado y su efecto multiplicador es tan antigua como el propio mundo, desde la caída de nuestros primeros padres. El problema radica en que muchos de estos pecados son perfectamente tolerados en la *iglesia* de nuestros días, incluso abiertamente justificados en bastantes círculos que siguen autodenominándose *cristianos* y *evangélicos*. El problema que nos ocupa es que en grandes sectores de la *iglesia* se asumen estas desviaciones en base al tiempo que vivimos, y se alude para su justificación al hecho de encontrarnos en el siglo XXI, como si semejante dato del calendario fuera el fundamento para la exención de la vigencia de los mandamientos divinos. Inconscientemente, quienes tal hacen están confirmando con sus propios argumentos que los días que vivimos son los tiempos duros y difíciles de los que habla la Santa Palabra de Dios respecto de los tiempos finales.

En nuestra nación, que cuando al poder secular y a la iglesia romana le interesa se define como “*católica*”, especialmente cuando se trata de recibir aportaciones estatales y exenciones tributarias, se disparan las cuotas de abortos provocados, el consumo de las drogas, las enfermedades venéreas, la corrupción en ayuntamientos y demás estamentos estatales, y se prohíben manifestaciones públicas de jóvenes cristianos evangélicos para pocos días después paralizar grandes arterias de la ciudad para los desfiles provocadores de los homosexuales en el día de su *orgullo gay*, tal y como acaba de suceder en estos días. Naturalmente, mientras que los medios guardan silencio sobre las actividades de la juventud evangélica, y otras manifestaciones de rearme moral, se cubren las noticias de los perversos con el mayor alarde imaginable.

La cita de ciertos textos bíblicos comienza a rozar la ilegalidad, en conformidad con la legislación vigente de la mayoría de los países occidentales. Pero las Sagradas Escrituras siguen afirmando que “*sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contra naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibieron en sí mismos la retribución debida a su extravío. Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, Dios les entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen.*” (Romanos 1:26-28).

En muchas naciones de tradición protestante se han anulado o minimizado las leyes que castigaban la blasfemia, la pornografía, el aborto provocado, la eutanasia, la práctica pública y propagandística de la homosexualidad, el abuso de las drogas y la promoción de las abominaciones que el mundo conoce como las *mancias ocultistas*, respecto a la práctica de las cuales se nos advierte contundentemente en las Sagradas Escrituras que quienes participen de semejantes aberraciones no entrarán en el Reino de los Cielos:

Levítico 19:26, 31:

*“No seréis agoreros, ni adivinos... No os volváis a los encantadores ni a los adivinos; no los consultéis, contaminándoos con ellos. Yo el Señor vuestro Dios.”*

Deuteronomio 18:9-12:

*“Cuando entres a la tierra que el Señor tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortilego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con el Señor cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones el Señor tu Dios echa estas naciones de delante de ti.”*

Isaías 8:19-20:

*“Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultaré el pueblo a su Dios? ¿Consultaré a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.”*

Las hechicerías, como designación que generaliza la práctica de todas las abominaciones ocultistas, aparecen entre las obras de la carne, es decir, de la vieja naturaleza del hombre no redimido:

Gálatas 5:19-21:

*“Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas cosas, acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.”*

La profundidad de las raíces de la práctica de las abominaciones se desprende del siguiente texto de Apocalipsis:

Apocalipsis 9:20-21:

*"Y los otros hombres que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, ni dejaron de adorar a los demonios, y a las imágenes de oro, de plata, de bronce, de piedra y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni andar; y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su fornicación, ni de sus hurtos."*

La Biblia no deja duda alguna respecto al destino final de quienes participen de semejantes prácticas abominables, a menos que procedan al arrepentimiento y a la fe en el sacrificio vicario de Jesucristo:

Apocalipsis 21:8:

*"Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda."*

Apocalipsis 22:15:

*"Mas los perros estarán fuera, y los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras, y todo aquel que ama y hace mentira."*

Abiertamente se reniega de los mandamientos del Decálogo, y desde muchos púlpitos se presenta la falsa doctrina de la abolición de la Santa Ley de Dios por la *gracia barata*, de la que escribiera el mártir alemán Dietrich Bonhoeffer, pastor luterano asesinado por los nazis en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, en su obra *"El Precio de la Gracia"*, quien nos dice así:

*"La gracia barata es una enseñanza, un principio, un sistema; es el perdón de los pecados como una verdad general; contempla el amor de Dios como una idea acerca de Dios... El mundo encuentra en la iglesia un perdón barato de los pecados... un perdón de pecados de los que no se quieren librar... La gracia barata significa el perdón del pecado, pero no del pecador... La gracia barata tiene su fuente dentro de nosotros mismos. Es la proclamación del perdón sin el arrepentimiento; es el bautismo sin la disciplina eclesial; es la absolución sin la confesión personal."*

De ese modo se engaña a muchos creyentes incautos, indoctos e inconstantes, quienes confunden la *misericordia* de Dios con la *permisividad*, y desconocen que la *"ley"* de que hemos sido librados los redimidos por la sangre de Jesucristo, no es la Santa Ley de Dios, perfecta y que convierte el alma, sino la *"ley del pecado y de la muerte."*

Aquí creemos que sería muy conveniente tener presente que el apóstol Pablo emplea la voz *"ley"* y la expresión *"bajo la ley"* con diversos sentidos y en diferentes contextos que es menester tener muy en cuenta:

Primeramente, el apóstol emplea la expresión *"bajo la ley"* como *norma*:

Santiago 2:12:



*“Así hablad, y así haced, como los que habéis de ser juzgados por la ley de la libertad.”*

Y en el versículo siguiente, la *ley de la libertad* se define contextualmente:

Santiago 2:13:

*“Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio.”*

En segundo lugar, Pablo emplea la expresión *“bajo la ley”* en el sentido de *condenación*:

Romanos 4:15:

*“Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay trasgresión.”*

Romanos 7:9-10:

*“Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte.”*

A continuación, el apóstol Pablo explica cómo nuestra vieja naturaleza carnal, pecadora, es la causante de que la Ley de Dios no resulte de bendición para nosotros, pero no por causa de la Ley bendita de Dios, sino por nuestra vieja naturaleza, ese hombre natural que está incapacitado para discernir y comprender las cosas de Dios, obedecerlas y ponerlas en práctica:

1ª Corintios 2:14:

*“El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente.”*

Romanos 7:11-16:

*“Porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó y por él me mató. De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena.”*

Ahora el apóstol Pablo explica claramente que toda la dificultad de la Ley de Dios no radica en la Ley propiamente dicha, sino en la ley del pecado que opera en la vieja naturaleza de los hijos de desobediencia:

Romanos 7:17-24:

*“De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?”*

Es evidente que el apóstol Pablo emplea la voz “ley” en muy diversos sentidos y contextos. Pero cuando habla de la *libertad de la ley* en que nos hallamos quienes hemos entregado nuestro corazón a Jesucristo, no está refiriéndose a estar exentos de la *Santa Ley de Dios*, de la cual Jesús nos ha dicho que “no pasará ni una jota, ni una tilde”, sino que, evidentemente, se refiere a estar liberados de la *ley del pecado y de la muerte* que se halla presente en nuestra vieja naturaleza carnal, de la cual sólo Jesucristo puede liberarnos:

Romanos 7:24-25; 8:1-6:

*“¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro... Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de Vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz.”*

En tercer lugar, Pablo utiliza la expresión “*bajo la ley*” en el sentido de maldición:

Gálatas 3:13:

*“Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero).”*

Naturalmente, es de la *maldición de la Ley*, por causa de nuestro pecado, de lo que nuestro bendito Señor Jesucristo nos ha librado, pero no de la *Ley de la libertad*, lo cual sería una contradicción de términos, ni mucho menos quiere decir esto que la Santa Ley de Dios sea una *maldición*, lo cual implicaría una terrible blasfemia. La Ley es de Dios nuestro Señor. La maldición es nuestra por el pecado. No olvidemos nunca que el pueblo de Israel, después de haber

sido liberado por pura gracia de debajo de la garra opresora del imperio egipcio, recibió el Decálogo como Ley de libertad, para nunca volver a ser esclavos de nadie, ni esclavizar tampoco ellos mismos a nadie. Solamente desde esta perspectiva podemos comprender el sentido de los mandamientos del Señor, quien nos santifica por ellos, como encomiendas que se nos otorgan para vivir como hijos e hijas de Dios.

En cuarto lugar, el apóstol Pablo hace uso de la expresión *“bajo la ley”* en su sentido de *“ayo”* o *“pedagogo”*, término con el que se hacía referencia al esclavo griego que en Roma empleaban los ciudadanos acomodados para acompañar a sus hijos hasta la escuela y regresarlos a casa, tiempo en el cual, según algunos cronistas de la época, los pequeños aprendían de aquellos esclavos mucho más que en las aulas de sus colegios:

Gálatas 3:24-25:

*“De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo.”*

En este sentido, el apóstol Santiago emplea, en vez de la figura del *“ayo”*, la del *espejo* con referencia a la función de la Santa Ley de Dios para nuestra vida:

Santiago 1:23-25:

*“Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace.”*

En esa pieza maravillosa del libro de los Salmos, que es el 19, hallamos una de las más cortas, claras y concisas descripciones de los beneficios de la Santa Ley de Dios nuestro Señor:

Salmo 19:7-10:

*“La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos del Señor son rectos, que alegran el corazón; el precepto del Señor es puro, que alumbra los ojos. El temor del Señor es limpio, que permanece para siempre; los juicios del Señor son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal.”*

Es urgente que prestemos la oportuna atención a las palabras de nuestro bendito Salvador:

Mateo 5:17-20:

*“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”*

Atribuir maldad a la Santa Ley de Dios es sencillamente una terrible blasfemia, por cuanto el problema del hombre ante los mandamientos de Dios no radica en la Ley Divina, sino en el pecado que corrompe nuestros corazones. La llamada a la reflexión teológica del apóstol Pablo, por causa de los predicadores de la *gracia barata* que ya actuaban en los días del apóstol de los gentiles, suele pasar bastante inadvertida a muchos:

Romanos 7:7, 12-14, 22-23:

*“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás... De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. ¿Luego lo que es bueno, vino a ser muerte para mí? En ninguna manera; sino que el pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso. Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado... Porque según el hombre interior, me delito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.”*

El lugar de la verdadera gracia de Dios, la *gracia cara* que ha costado la sangre del sacrificio vicario de Jesucristo por nosotros, se contempla claramente en las palabras del apóstol Pablo en Romanos 8:1-4, que ya hemos citado. No somos justificados por las obras de justicia que nosotros pudiéramos hacer, sino por la fe en Jesucristo como nuestro único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente; pero somos justificados, salvados y hechos nuevas criaturas por la gracia de nuestro Señor con un propósito claro: Para andar por las obras buenas que Él mismo ha puesto delante de nosotros; es decir, para andar por sus mandamientos, por cuanto no existe posibilidad de caminar por sendas de justicia fuera de los preceptos divinos. Dicho en otras palabras: La obediencia no nos justifica ante Dios, a menos que sea la obediencia de la fe; pero los que hemos sido salvados gratuitamente, por la sangre derramada por Jesucristo en nuestro lugar, somos llamados y capacitados por el Espíritu Santo para obedecer.

Romanos 3:20:

*“Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Dios; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.”*

Gálatas 2:16:

*“Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.”*

Romanos 3:28:

*“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.”*

En el otro extremo tenemos el daño que produce el *legalismo*, es decir, la doctrina y práctica de quienes pretenden justificarse por el cumplimiento de las obras de la Ley. Es un daño grande que afecta fuertemente respecto a la alegría y libertad de la Gracia de Dios, pero igualmente perjudicial es la permisividad de la *gracia barata*, tan tristemente extendida.

Vamos a considerar algunos textos que muestran el peligro del legalismo:

Gálatas 5:4:

*“De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído.”*

Gálatas 2:21:

*“No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo.”*

La nefasta enseñanza de la permisividad en la vida del cristiano, y su búsqueda de la salvación fuera de la santidad que el Espíritu Santo obra en el corazón de todos los verdaderamente redimidos por la sangre de Cristo, es una de las más sutiles herejías promovidas por corrientes *pseudoevangélicas* de muy cuestionable procedencia. Sin embargo, acoplándose a nuestra tendencia natural a la desobediencia, la permisividad creemos está todavía más extendida que el legalismo.

Romanos 3:31:

*“¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley.”*

Romanos 6:15:

*“Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera.”*

El apóstol Judas proclama en su Epístola Universal, al igual que el resto de la palabra apostólica, el peligro de la corriente que ya había hecho acto de

presencia en la iglesia de aquellos días, por la que la gracia de Dios se presentaba como permisividad y libertinaje:

Judas 1-4:

*"Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Jacobo, a los llamados, santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo: Misericordia y paz y amor os sean multiplicados. Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para estas condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo."*

2ª Corintios 7:1:

*"Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios."*

Hebreos 12:14:

*"Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor."*

Efesios 2:8-10:

*"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas."*

Tito 2:11-15:

*"Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie."*

Nuestro Señor Jesucristo es el *fin de la Ley*, entiéndase su meta y objetivo, para que bajo su gracia podamos vivir en santidad, como redimidos del pecado, pero ciertamente no es la *terminación* ni la *abrogación* de la misma, según sus propias palabras:

Mateo 23:23:

*"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello."*

Es evidente que nuestro bendito Salvador vino para cumplir, es decir, ampliar la Ley, pero no para abrogarla. Ese es el punto de equilibrio. Así lo hallamos profetizado en los Salmos, en Isaías y en el Evangelio de Juan:

Salmo 40:8:

*"El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón."*

Isaías 42:21:

*"El Señor se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla."*

Juan 1:17:

*"Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo."*

No es ninguna exageración afirmar que muchas naciones se encuentran hoy en una situación ética y moral muy semejante a la del imperio romano antes de su crasa decadencia y caída. Son quienes luchan contra "enemigos exteriores", como acontece en el imperio anglo-americano de nuestros días, tal y como sucedió en nuestros antecedentes histórico-culturales entre Roma y Cartago, sin percatarse de que su verdadero enemigo y opositor se halla en su interior. Sólo es una cuestión de tiempo antes de que venga sobre ellos destrucción repentina. No será la primera vez que semejante cataclismo acontece. Basta con estudiar seriamente el desarrollo, decadencia y caída de todos los imperios de todos los tiempos. Pero esta vez, en la consumación de los siglos, será la hecatombe definitiva.

Proverbios 14:34:

*"La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones."*

1ª Tesalonicenses 4:13-5:11:

*"Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes*

*para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras. Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo. Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros para que ya sea que velemos, o que durmamos, vivamos juntamente con él. Por lo cual, animaos unos a otros, y edificaos unos a otros, así como la hacéis.”*

Quizá por eso tampoco sea enseñanza frecuente en las *iglesias permisivas* la esperanza bienaventurada del Segundo Adviento de nuestro bendito Señor y Salvador. Cuando la *iglesia* se vuelve un fin en sí misma, es natural que la promesa de la Segunda Venida pierda esplendor. Al fin y al cabo, el Adviento de Jesucristo significa el fin de los poderes de la *iglesia* como agencia del Reino, no digamos de las pretensiones universalistas o soberanas de casi todas las instituciones que pretenden ser la auténtica y verdadera iglesia de Cristo. No puede ser popular en semejantes círculos una doctrina que implica la esperanza gozosa del momento en que Dios dará paso a la plenitud de su Reino con la venida del Rey de reyes y Señor de señores.

La Segunda Venida de Cristo significa el retorno del Señor que viene a pedir cuentas a aquellos a quienes les fue encargada la misión. Eso quiere decir que se trata de un acontecimiento que solamente puede producir gozo en aquellos siervos que hayan sido fieles en la encomienda recibida; aquellos que entendieron que el Señor no había *abdicado* en ellos, sino *delegado* funciones de las que habrían de rendir cuentas en el momento determinado por la soberanía divina.

En este sentido se dirigió Jesús a los religiosos de sus días en la carne. Uno de esos textos lo hallamos en la parábola de los labradores malvados, en el Evangelio de Mateo. Y los principales sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba de ellos. Nosotros creemos que debemos entender que Jesús no se refería exclusivamente a los religiosos corruptos del momento, sino a los de todos los tiempos:

Mateo 21:33-46:

*“Oíd otra parábola: Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibiesen sus frutos. Mas los labradores,*



*tomando a los siervos,, a unos golpearon, a otros mataron, y a otros apedrearon. Envió de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron. Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Le dijeron: A los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo. Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos? Por tanto os digo, que el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él. Y el que cayere sobre esta piedra será quebrantado; y sobre quien ella cayere, le desmenuzará. Y oyendo sus palabras los principales sacerdotes y los fariseos, entendieron que hablaba de ellos. Pero al buscar cómo echarle mano, temían al pueblo, porque éste le tenía por profeta.”*

La *iglesia permisiva y corrupta* se cree soberana, dueña y señora, suplantadora del Reino de Dios, y tiene marcada su historia por la expulsión, persecución y matanza de todos los profetas enviados por el Señor en el transcurso de los siglos para llamarla al arrepentimiento y a la fe.

Tristemente, pasa inadvertida a muchos la enseñanza apostólica de la relación existente entre la esperanza bienaventurada del Segundo Adviento de nuestro Señor Jesucristo y la pureza de vida que debe caracterizar a todos los discípulos del Resucitado:

1ª Juan 3:3-3:

*“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.”*

## VII La traición de la iglesia permisiva y corrupta:

Las organizaciones religiosas que se adjudican y atribuyen el título de *iglesia* han dedicado más energías y esfuerzos por sí mismas y para sí mismas que para ensalzar el nombre de Jesucristo y ser “*luz del mundo y sal de la tierra.*”

Una *iglesia* que olvida el mensaje específico que el Señor le ha encomendado no será de ayuda a una sociedad atea e inestable. Una *iglesia* con la mirada vuelta hacia ella misma, en lugar de hacia su Señor, dejará de dar primacía a su labor de proclamar el nombre del Señor, latente en medio de su pueblo, para un día hacerse patente a los ojos de todos.

Una *iglesia* que se conforma a las tendencias políticas, sean de la derecha o de la izquierda, del conservadurismo o del liberalismo, no podrá influir positivamente en un mundo que agoniza en medio del pecado y de la maldad.

La *iglesia* decae en su secularización hasta perder su sabor y ser pisada por todos sus amantes, quienes la seducen por su pecado y usan para después desecharla y abandonarla en la cuneta de la historia. Ha acontecido en muchas ocasiones antes de nuestros días, pero no parecemos aprender. El único camino abierto ante la *iglesia permisiva* es el arrepentimiento y la vuelta a las antiguas sendas del Evangelio del Reino de Dios y de su Gracia Soberana. La enseñanza de nuestro Señor Jesucristo no puede ser más clara al respecto:

Mateo 5:13-16:

*“Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestra buenas obras (expresión hebrea: “guemilut jasadim”, es decir, “las obras de justicia que dimanen del cumplimiento de los mandamientos de la Santa Ley de Dios”), y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”*

E igualmente se manifiesta la advertencia de la palabra apostólica, en perfecta consonancia con la profecía del Antiguo Testamento:

Romanos 12:2:

*“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”*

Efesios 5:11:

*“Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas.”*

Ezequiel 3:18-21:

*“Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablores, para que el impío sea apercebido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano. Pero si tú amonestares al impío, y él no se convirtiere de su impiedad y de su mal camino, él morirá por su maldad, pero tú habrás librado tu alma. Si el justo se apartare de su justicia e hiciera maldad, y pusiere yo tropiezo delante de él, él morirá, porque tú no le amonestaste; en su pecado morirá, y sus justicias que había hecho no vendrán en memoria; pero su sangre demandaré de tu mano. Pero si al justo amonestares para que no peque, y no pecare, de cierto vivirá, porque fue amonestado; y tú habrás librado tu alma.”*

Esta traición de parte de la *iglesia permisiva* comenzó con el abandono de la Biblia o su desprecio al considerarla como mera colección de sagas del folklore religioso del Medio Oriente. La doble “moral” respecto a las Escrituras es patente en la distancia de su tratamiento en las aulas de muchos seminarios que, aunque siguen autodenominándose “*evangélicos*”, aplican al estudio exegético de la Biblia las mismas herramientas que emplearíamos para estudiar las obras de Miguel de Cervantes o de Shakespeare, olvidando que se trata de la Palabra de Dios, y la consideración de la misma desde los púlpitos. Es una doblez repugnante que nos ha hecho a muchos distanciarnos de la docencia en determinados círculos.

Acertadamente afirmó la Reforma del siglo XVI que “*la Iglesia es Creación de la Palabra de Dios.*” Por consiguiente, cuando la *iglesia* abandona la Palabra, deja de ser *iglesia*. Nadie debe sorprenderse, pues, de lo que acontece cuando la Palabra de Dios es abandonada, marginada o despreciada. En pocas palabras, se produce *la desintegración del cuerpo de Cristo en la tierra.*

De ahí el rechazo de parte de muchos “*teólogos*” respecto a las doctrinas fundamentales de la cristiandad, como es el caso de la Trinidad, el nacimiento virginal de nuestro Señor Jesucristo, la santidad y la justicia, la omnipotencia divina, y la historicidad de las profecías y los milagros.

Muchos “*teólogos*” de nuestros días proclaman que Jesucristo fue solamente un hombre, un revolucionario social, un predicador de paz, un libertador, uno de los muchos taumaturgos o sanadores itinerantes de la época, pero en absoluto afirman con claridad que Jesucristo es “*Dios manifestado en carne*”. Sus enrevesadas explicaciones filosóficas no pasan de ser formas y maneras

de evitar la proclamación que el Nuevo Testamento aporta con claridad meridiana:

Juan 20:26-29:

*“Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro, y con ellos Tomás. Llegó Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio y les dijo: Paz a vosotros. Luego dijo a Tomás: Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío! Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.”*

Tito 2:12-13:

*“Renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo.”*

Les he escuchado personalmente expresarse en el aula en términos dudosos respecto a la divinidad de Jesucristo, para después adoptar una postura completamente diferente en el culto público. Les he oído manifestar pedantemente en la sesión lectiva y en otros foros muy serias dudas respecto al nacimiento virginal del Señor, la historicidad de sus palabras y milagros, su resurrección corporal, y, por ende, negar o dudar muy seriamente del valor redentor del sacrificio de Jesús de Nazaret en la Cruz del Calvario, para después adoptar una apariencia de piedad pietista en los púlpitos de las iglesias, ante las congregaciones de los fieles de donde les llega su sostén, y a quienes consideran fieles parvos y pueriles por creer lo que ellos mismos no sostienen. Hemos tenido que consolar y reafirmar a más de un seminarista dolido y escandalizado por las enseñanzas recibidas. Esa dualidad es indigna y repugnante.

Ni que decir tiene que para ellos queda descartada la literalidad de la Segunda Venida de Cristo en poder y gran gloria, como enseñan las Escrituras, por lo que en el plano teológico se refugian, en el menos malo de los casos, en la postura de la escatología ya cumplida, evitando de ese modo un compromiso que los denunciaría ante todos.

Si lo que afirman en las instituciones académicas, que después ocultan desde el púlpito, fuera cierto, creo que la herejía arriana del siglo IV contenía muchas menos falsedades y errores que las enseñanzas semiocultas de muchos de los tenidos por “teólogos” en nuestros días. Aquéllos, aunque equivocados, pues negaban la Deidad de Jesucristo, afirmaban al menos que Jesús era el “Logos Sobrenatural”, la Palabra de Dios, y no un mero ser humano. Pero nosotros hoy podemos, al menos, aprender de la historia y constatar en la práctica que todas las herejías y falsas enseñanzas tienen la tendencia a aumentar su grado de error en el curso de los años.

Frente a estas afirmaciones de muchos “teólogos” de nuestros días, las Sagradas Escrituras afirman contundentemente que nuestro Señor Jesucristo es verdaderamente Dios manifestado en carne, y que, por consiguiente, Él es el verdadero *Dios-con-nosotros*, y que estuvo como verdadero hombre entre nosotros. No queremos abrumar con textos. Bastan unos pocos ejemplos:

2º Crónicas 6:18:

*“Mas, ¿es verdad que Dios habitará con el hombre en la tierra? He aquí, los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que he edificado?”*

Juan 1:1, 14:

*“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”*

1ª Juan 2:22:

*“¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo.”*

1ª Juan 4:2-3:

*“En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo.”*

1ª Juan 5:12:

*“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.”*

Juan 1:4:

*“En él (el Verbo) estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.”*

Carente de todo elemento sobrenatural, este cristianismo secularizado, reducido a mero humanismo disfrazado, está produciendo un ídolo engendrado por la filosofía racionalista, completamente ajeno al “*Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, no el de los filósofos*”, como llevaba escrito Blaise Pascal en un papelito dentro de un bolsillo de su casaca al morir.

Cuando se corrompe la enseñanza bíblica respecto a la bendita Persona de nuestro Señor Jesucristo, ocurre exactamente lo mismo con relación a la enseñanza del pecado y de la redención. Es como una reacción en cadena. Un

Jesucristo exclusivamente humano carece de poder para redimirnos del pecado y de la muerte eterna.

Los primeros síntomas de esta corrupción son el tratamiento superficial del pecado y de la validez de los Mandamientos de Dios. El trato liviano del pecado hace acto de presencia primeramente en la sociedad secular, como es natural, para después penetrar en la *iglesia* a través de los filósofos humanistas disfrazados de "teólogos".

Uno de los casos más recientes es la cuestión de la práctica homosexual, contemplada como perfectamente lícita, como una simple tendencia u opción de vida, entre muchas otras. Lo mismo puede decirse respecto a la pornografía, el aborto provocado, la eutanasia y la legalización referente al consumo de las drogas. La advertencia que nos llega del Señor por medio del profeta Isaías tiene claridad meridiana:

Isaías 5:20:

*"¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!"*

Por los mismos caminos de relativismo y permisividad discurren todas las prácticas abominables, relacionadas con el ocultismo, frecuentemente disfrazadas de *pseudociencia*, como es el caso de la *parapsicología* de nuestros días, o las formas más atroces de *teología a la moda*, como es el caso de la corriente teológica feminista que llega a afirmar que la *sangre menstrual* de la mujer tiene el mismo valor que la sangre de Jesucristo; o la "*psicoteología*" que afirma que la fuerza para sanar procede del propio hombre mediante técnicas de autorrealización y pensamiento positivo. De ese modo se produce un traslado o deslizamiento de la *fe en Cristo nuestro Sanador*, a la aceptación de la *sanidad por la fe*.

Sin embargo, la Sagrada Escritura afirma que "*este Jesús es la piedra reprobada por los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre, bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.*" (Hechos 4:11-12). Y esta Escritura es ciertamente hoy tan válida como cuando se escribió.

## VIII La invasión de malos espíritus en la *iglesia permisiva y corrupta*:

En la misma medida en que la *iglesia* se conforma al *espíritu* de su época, con sus tendencias y modas, se hace mayor el riesgo de que el Espíritu de Dios salga de su lugar, y los malos espíritus penetren por la puerta trasera.

Recordemos la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo al respecto de lo que acontece en la casa barrida y limpia, que nosotros entendemos aplicable a la vida del hombre liberado por Jesucristo, pero no deseoso de ser llenado con el Espíritu Santo hasta rebosar, y, naturalmente, también respecto de la iglesia del Resucitado:

Mateo 12:43-45:

*“Cuando el espíritu inmundo sale del hombre anda por lugares secos, buscando reposo, y no lo halla. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí; y cuando llega, la halla desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrados, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero. Así también acontecerá a esta mala generación.”*

Estos son los espíritus inmundos que rigen las ideologías y los sistemas religiosos del mundo, ocultos detrás de *patrias*, *banderas* y *sistemas filosófico-religiosos*, principales causantes de todas las desgracias de la raza humana y de los ríos de sangre derramada en la defensa de los intereses de las castas dominantes y explotadoras.

Uno de los textos que pone más claramente en evidencia esta triste realidad es el que hallamos en el capítulo 28 del libro de Ezequiel. En él nos revela la Palabra de Dios quién es el que se oculta detrás del rey de Tiro. El pasaje, que comienza hablando del monarca terrenal, gira repentinamente para mostrarnos al ser espiritual que se esconde tras la figura humana, al igual que tras todos los grandes dictadores y preconizadores de todos los imperios de todos los tiempos:

Ezequiel 28:12-19:

*“Hijo de hombre, levanta endechas sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho el Señor Eterno: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura; de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbuncho, esmeralda y oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron*

*preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra; delante de los reyes te pondré para que miren en ti. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tus contrataciones profanaste tu santuario; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran. Todos los que te conocieron de entre los pueblos se maravillarán sobre ti; espanto serás, y para siempre dejarás de ser."*

Del que comienza siendo un rey de este mundo, se desprende su máscara para quedar al descubierto el verdadero rostro del querubín protector que desobedeció a Dios y confundió y engañó al hombre en su estado de inocencia, tal como se nos relata en el libro del Génesis.

Sólo teniendo esto en cuenta podemos comprender el sentido y el alcance de la propuesta de Satanás -¡Dios le reprenda!- a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo después de su bautismo en las aguas y en el Espíritu, antes de iniciar su ministerio público:

Mateo 4:8-10:

*"Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás."*

De ahí la instrucción que nos llega en la palabra apostólica respecto a la realidad de la guerra espiritual en que se hallan todos los verdaderos discípulos de Jesucristo, así como del peligro que se esconde tras la apariencia de conveniencia del apoyo del estado secular a la iglesia.

Efesios 6:12:

*"Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes."*

Cuando los hombres recurren a estos espíritus, en lugar de hacerlo al Espíritu de Dios, es evidente que las tinieblas de este siglo se vuelven mucho más espesas de lo que imaginamos.

1ª Corintios 10:20:

*"Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios."*



1ª Timoteo 4:1-5:

*"Pero el Espíritu (Santo) dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que ha conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado."*

Éxodo 20:2-3:

*"Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí."*

La falta de poder espiritual en la *iglesia* de nuestros días, junto con su ausencia de sólida enseñanza bíblica e indulgencia permisiva que hace de la gracia divina craso libertinaje, con todo lo que se deriva de estas carencias y actitudes, representa ya un serio juicio divino, conforme a la enseñanza profética que nos llega en las palabras del bendito Salvador y del apóstol Pedro:

Mateo 24:11-13:

*"Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo."*

1ª Pedro 4:17-19:

*"Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y: Si el justo con dificultad se salva, en dónde aparecerá el impío y el pecador? De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien."*

La *iglesia-prostituta*, contaminada por el pecado y la iniquidad de todos sus *amantes*, dedicada a la búsqueda del equilibrio entre los dioses de este mundo y el Dios vivo y verdadero revelado en las Sagradas Escrituras, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, borracha de sangre, poder y dinero, irá distanciándose día a día del Espíritu Santo, obsesionada por el logro del reconocimiento de los poderes seculares, como se deriva de las enseñanzas de los capítulos 17 y 18 del libro de Apocalipsis.

Esta es la *iglesia permisiva y corrompida* cuyos objetivos y metas radican en sí misma, y por eso cree erróneamente que su adaptación al mundo la convertirá en atractiva y apetecible ante los ojos de los inmundos y pervertidos. Esta es la iglesia que calificará de exageración lo que la Sagrada Escritura nos dice

respecto a los reinos de este mundo, y por eso no reparará en el peligro que supone ir a mendigar a los poderes seculares en busca de sostén, apoyo y prebendas. Esta es la iglesia que se burla de quienes hacen una lectura literal de los textos de las Sagradas Escrituras que demandan de nosotros obediencia y no mera discusión especulativa.

Sin embargo, la Santa Palabra de Dios nos advierte con suma claridad que la obediencia a los mandamientos del Señor es la terapia insustituible para que salgan avergonzados de entre las filas cristianas todos los espíritus inmundos a los que nuestra desobediencia al Señor ha permitido acceder.

La obediencia no puede ser reemplazada absolutamente por ninguna práctica religiosa. Ya de antiguo advierte el Señor a su pueblo Israel del peligro de caer en el error de sustituir la fe obediente por un sistema religioso-sacrificial que fácilmente puede degenerar en mera religiosidad externa:

1º Samuel 15:22:

*"¿Se complace tanto el Señor en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a la palabra del Señor? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios y el prestar atención que la grosura de los carneros."*

La Escritura da testimonio indiscutible de la importancia de la obediencia, así como de la realidad de dos únicas opciones, sin una zona intermedia. De manera que sólo es posible o permanecer en el camino de la desobediencia, que conduce irremediamente a la segunda muerte, la muerte eterna, o bien emprender el camino de la obediencia, por el que no es difícil transitar a quienes hemos sido lavados y regenerados por la sangre preciosa de nuestro Señor Jesucristo, por cuanto ese es el propósito del sacrificio vicario del Mesías:

Deuteronomio 11:26-28:

*"He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición: la bendición, si oyereis los mandamientos del Señor vuestro Dios, que yo os prescribo hoy, y la maldición, si no oyereis los mandamientos del Señor vuestro Dios."*

1º Samuel 12:14-15:

*"Si temiereis al Señor y le sirviereis, y oyereis su voz, y no fuereis rebeldes a la palabra del Señor, y si tanto vosotros como el rey que reina sobre vosotros servís al Señor vuestro Dios, haréis bien. Mas si no oyereis la voz del Señor, y si fuereis rebeldes a las palabras del Señor, la mano del Señor estará contra vosotros como estuvo contra vuestros padres."*

Isaías 1:19-20:

*"Si quisiereis y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisiereis y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca del Señor lo ha dicho."*

Sólo hay salvación en la obediencia al mandamiento del arrepentimiento y la fe en Jesucristo. Esta es la obediencia de la fe. Entonces la obediencia se convierte en un regalo de Dios para quienes hemos sido lavados por la sangre de Jesús. Sólo entonces es posible hacer la voluntad de Dios en nuestras vidas. La promesa ya está en el Antiguo Testamento:

Ezequiel 36:26-27:

*“Os daré un corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.”*

Hebreos 8:10:

*“Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo.”* (Jeremías 31:31-34).

Sólo nos queda mostrar a quienes confunden la gracia de Dios con la permisividad algunos textos del Nuevo Testamento que destacan la importancia y la trascendencia de la obediencia, ya que muchos, tristemente por causa de la deficiente enseñanza recibida, piensan que la obediencia pertenece al Antiguo Pacto, pues desconocen que los pactos del Señor nunca se contradicen ni sustituyen o reemplazan unos a otros, sino que, antes bien, representan una renovación en la que las alianzas anteriores son acogidas, abarcadas y ampliadas para permitir el acceso a los hombres mediante los dones divinos del arrepentimiento y la fe.

La perfecta voluntad de Dios, tal y como se expresa en un texto en el que el Eterno abre su corazón de Padre bueno y misericordioso, es que sus hijos e hijas vivamos en sujeción y obediencia, como agrada a nuestro Padre y nos conviene a nosotros. Escuchemos la escalofriantes palabras del propio Dios respecto a lo que venimos tratando de mostrar:

Deuteronomio 5:29:

*“¡Quien diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!”*

Así lo expresa Eliú en el texto que hallamos en el libro de Job 36:11:

*“Si oyeren, y le sirvieren, acabarán sus días en bienestar, y sus años en dicha.”*

Vamos, pues, ahora a los pasajes del Nuevo Testamento que destacan la importancia, el alcance y la vigencia de la obediencia como parte integrante e imprescindible de la fe:

Mateo 7:21:

*"No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que Hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos."*

Mateo 19:17:

*"Mas si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos."*

Juan 9:31:

*"Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye."*

1ª Juan 3:22:

*"Y cualquiera cosa que pidiéremos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él."*

No es cierto que no se pueda hacer la perfecta voluntad de Dios nuestro Señor. Es incierto que no podamos vivir sin caer, como tristemente hemos escuchado proclamar en una convención de más de cuatrocientos hermanos, callados ante semejante error. Esas son algunas de las mentiras bajo las cuales se refugian todos los espíritus inmundos que han penetrado en la *iglesia permisiva y corrompida*. El cumplimiento de la voluntad de Dios es el anhelo de todos los verdaderos cristianos, redimidos por la sangre de Cristo, y el agente motivador del que dimana la fuerza para cumplir la voluntad divina que radica en el amor de Dios:

1ª Juan 2:3:

*"Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos."*

1ª Juan 5:3:

*"Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son gravosos."*

Juan 14:15-18:

*"Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: El Espíritu de Verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros."*

Romanos 6:15-18:

*"¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia."*

Efesios 6:6:

*"No sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios."*

1ª Juan 4:19: *"Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero."*

Hebreos 13:20-21:

*"Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén."*

1ª Tesalonicenses 5:23-24:

*"Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará."*

Judas 24-25:

*"Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén."*

La gracia de Dios, por la cual seremos salvos, no es excusa para ser desobedientes. Ni la gracia de Dios ni su don de fe pueden ser entendidos como coartadas para justificar nuestra desobediencia. Es más, sólo la obediencia es prueba irrefutable de haber sido salvados por la misericordia divina, sin méritos por nuestra parte. Tampoco podemos vivir en desobediencia y esperar bendiciones de parte de Dios, como si afirmar que creemos en Cristo fuese una especie de coartada para vivir en pecado y en desobediencia. Es nuestra relación de amor con Jesucristo la fuente de la obediencia. Pero las formas externas de obediencia, que no brotan del corazón sino que tienen por meta agradar al ojo de los hombres, sólo serán meros paliativos y excusas para vivir en desorden, en el ámbito diabólico de la *gracia barata*.

## IX Una Nueva Reforma.

Cuando estudiamos seriamente la historia de la iglesia comprobamos que cada cierto número de años el Buen Dios ha levantado un movimiento constituido por hombres y mujeres ungidos por el Espíritu Santo para devolver a la iglesia su sentido y dirección.

Esa es la realidad que hallamos detrás de cada una de las denominaciones cristianas. Todas tuvieron su inicio como renovación espiritual del sector eclesial en el que se produjo el milagro de la salida del oscurantismo hacia la luz del Evangelio de Jesucristo. Aunque el grado de espiritualidad de estos movimientos no fue ciertamente el mismo, en todas y cada una de las denominaciones cristianas podemos encontrar el propósito de volver a los orígenes del movimiento iniciado por el Santo Consolador entre los primeros discípulos de Jesús de Nazaret.

Ahora bien, es menester tener presente que dicha renovación espiritual siempre aconteció en personas concretas, no en el ámbito de las instituciones como entidades abstractas. Es más, generalmente las instituciones fueron los grandes obstáculos e impedimentos para la obra del Espíritu Santo en los hombres y mujeres que fueron receptores de una unción para una función determinada.

El refrán inglés que dice “*people make places*”, “*la gente hace los lugares*”, nos ofrece una manera sencilla de explicar con sólo tres palabras lo que venimos diciendo. En definitiva, fueron hermanos y hermanas convencidos de pecado por obra del Espíritu Santo y dispuestos al arrepentimiento y a la fe genuina en Jesucristo, sujetos a la gracia soberana del Señor, quienes llevaron a cabo todas las verdaderas reformas registradas en la historia de la iglesia, las cuales prácticamente nada tienen que ver con las reformas estructurales que generalmente no pasaron de ser semejantes a las revoluciones socio-políticas, es decir, el cambio de manos de los poderes, o el avance de una clase social respecto a la superestructura y poco más.

Todos los genuinos reformadores, sin excepción, asumieron plenamente la realidad de que Jesucristo, y sólo Él, es Señor de su iglesia. Nadie más. Ni individuos ni ideologías de ninguna especie. Todos ellos se sujetaron a las verdades contenidas en las Sagradas Escrituras, y estuvieron dispuestos, como decía Alexander Campbell, a *hablar donde la Biblia habla y a callar donde ésta calla*. Todos sufrieron la persecución del poder secular, mientras que los que se dejaron patrocinar por otros señores se vieron obligados a comprometer su fe y sus principios. Todos afirmaron clara y contundentemente que la salvación de los pecadores sólo es posible por la gracia y la misericordia

de Dios, mediante el arrepentimiento y la fe en la obra vicaria de Jesús de Nazaret en la Cruz del Calvario, sin confiar en ninguna obra meritoria de parte del hombre, ni en ninguna técnica o ritualismo redentor, ni pretendidas reencarnaciones, ni el advenimiento de un nuevo orden mundial establecido por iniciativa humana.

Esa *nueva reforma* que muchos cristianos sinceros anhelan es la gran necesidad que la cristiandad precisa en nuestros días. Nada tiene que ver con denominacionalismos de cualquier especie. Por eso, las características propias de cada familia denominacional, su historia y orígenes, no se verán alteradas ni en peligro por los fundamentos de esta reforma pendiente, por cuanto su mirada no estará depositada en el pasado ni en las supuestas glorias de su historia, sino en la dirección del Santo Espíritu de Dios, sin interferencias causadas por designaciones onomásticas que generalmente responden al orgullo y la soberbia de quienes ostentan lugares de primacía.

Nada tendrá que ver con *nombres y apellidos*, con orgullos nacionalistas y aspiraciones imperialistas, ni con estructuras organizativas, ni con énfasis en las liturgias y formas de culto. ¿Por qué? Porque siendo un movimiento del Santo Espíritu, pondrá fin a la división de los discípulos de Jesucristo en fracciones enfrentadas, alimentadas en su oposición por agentes ajenos a los intereses del Reino de Dios, trampas sutiles en las que han caído y siguen cayendo muchos cristianos.

Es crasa desobediencia al mandamiento del Señor todo fortalecimiento de la identidad denominacional que distancie de la comunión de los hermanos en torno a la bendita persona de Jesucristo. La gran familia de Dios se extiende mucho más allá de nuestras fronteras marcadas por nuestros límites tribales, nacionales y denominacionales. La revelación del Dios Eterno en la persona y en la obra de nuestro Señor Jesucristo es una luz que ilumina a todos los pueblos, como expresa el profeta Isaías 49:6: “*Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz a las naciones, para que seas mi salvación* (hebreo “*Yeshuati*”, “*mi Yeshúa*”, latinizado “*mi Jesús*”) hasta lo postrero de la tierra.”

Es por eso que estamos seguros de que no hay nada que objetar al fenómeno denominacional como realidad histórica, pero ciertamente la separación denominacionalista nos parece absolutamente grotesca y antagónica a la voluntad divina. No hay una mayor vergüenza para Cristo y su Evangelio, ni detrimento mayor respecto al cumplimiento obediente de la gran comisión del Maestro, que los enfrentamientos y descalificaciones tan frecuentes en la creciente atomización que divide y debilita al pueblo de Dios.

Es por eso que la *nueva reforma* ha de considerar, valorar y vivir la realidad de la verdadera unidad como un don de Dios para la evangelización de todas las naciones y pueblos de la tierra, mediante una clara llamada al arrepentimiento del pecado y a la fe en Jesucristo. De las palabras del Maestro se desprende que el elemento fundamental para la proclamación del Evangelio es la unidad:

Mateo 28:18-20:

*"Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."*

Juan 17:20-21:

*"Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste."*

Tan hondo es el calado de este mandamiento de nuestro Salvador, que el Señor equipara nada menos que la gloria que Él ha recibido del Padre a la que Cristo Jesús nos entrega para que la unidad forme cuerpo entre todos los discípulos de todos los tiempos. La unidad ha de ser el fundamento de nuestro testimonio y la prueba por excelencia de que el amor del Padre al Hijo nos alcanza también a todos los redimidos por su sangre:

Juan 17:22-23:

*"La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado."*

El mismo odio que arremetió contra nuestro Señor Jesucristo será el que aborrecerá a los cristianos dispuestos a vivir en la unidad sagrada que produce la bendita Persona del Espíritu Santo, como Jesús profetizó en el Evangelio de Juan 15:19:

*"Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece."*

De ahí se desprende la necesidad de que como discípulos de Jesucristo nos sepamos y sintamos guardados por la misma unidad por la cual Jesús de Nazaret se supo y se sintió guardado y protegido, especialmente cuando hubo de enfrentarse con el odio de los poderes de este mundo.

Ser uno en Jesucristo, hoy, aquí y ahora, es el más evidente y valioso anticipo de la plenitud de gracia venidera. En la vivencia de esa unidad es donde la iglesia presiente la gloria futura, de la cual profetiza el apóstol Pablo en la Carta a los Romanos 8:16-21:

*"El Espíritu (Santo) mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo*



*presente no son comparables con la gloria verdadera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.”*

La *reforma pendiente* no debe ignorar que cuando Jesús pronuncia estas palabras nos está llamando también a considerar los acontecimientos que van a suceder entre ese momento y el derramamiento del Espíritu Santo en aquel Pentecostés. Antes de la unción con poder de lo alto, Jesús tendrá que pasar por su pasión, y será después de su muerte, resurrección y ascensión gloriosa cuando el Santo Consolador avivará el fuego de la unidad divina en la iglesia de Jesucristo.

Creemos que esa *nueva reforma* podría hallar su punto de partida en la reflexión, entre otras, de aquella sencilla *Declaración Teológica de Barmen* (1934), cuyo artículo primero contiene los elementos fundamentales para que la iglesia no se aparte de la firme ancla del alma y palabra profética más segura. Dice así:

“ ‘Yo soy el camino, y la verdad y la vida. Solamente por mí se puede llegar al Padre’ (Juan 14:6).

‘En verdad os digo, que el que no entra por la puerta del corral de las ovejas, sino que se mete por otro lado, es ladrón y bandido... Yo soy la puerta; el que entre por mí, será salvado.’ (Juan 10:1,9).

Jesucristo, según el testimonio que de Él tenemos en la Sagrada Escritura, es la única Palabra de Dios. A ella solamente debemos escuchar, en ella sola debemos confiar y obedecerla en la vida y en la muerte.

Rechazamos la falsa doctrina según la cual, además y junto a esta una y única Palabra de Dios, la iglesia podría y debería admitir como fuente de su proclamación otros acontecimientos y potencias, otras personalidades y otras verdades como si fueran también revelación de Dios.”

Esta llana declaración de la *Iglesia Confesante* en los días del *Tercer Reich*, fraguada en medio de los peligros que acechaban a la Iglesia Evangélica bajo la locura de la divinización del estado-partido en el nacional-socialismo alemán, contiene el germen fundamental de esa reforma pendiente, como vuelta al punto principal del que la *iglesia permisiva y corrupta* se había distanciado, deslumbrada por el fulgor del régimen nazi, el beneficio de sus privilegios y su noción de una iglesia aria.

Frente a esto lucharían bastantes cristianos alemanes, entre los cuales destaca el pastor Dietrich Bonhoeffer, convencido de que el Protestantismo sufría de una debilidad constante: Una errónea comprensión de la justificación del pecador, donde se halla el núcleo central de la fe y la teología reformadas, convertía al creyente en un alma sumida en laxitud, y como resultado la *gracia costosa* se volvía *gracia barata*, y la *iglesia* se tornaba en una institución dispuesta a promulgar el perdón de los pecados a los creyentes no anhelantes de librarse de ellos; a otorgar la absolución sin que se hubiera dado la

confesión personal de los pecados. Esta es la actitud laxa que llega hasta nuestros días por el olvido de la doctrina que se desprende de la palabra apostólica en la Primera Epístola de Juan:

1ª Juan 1:5-10:

*“Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.”*

El perdón que Dios nos ofrece por el sacrificio de nuestro Señor Jesucristo en la Cruz del Calvario es un perdón *gratuito*, pero no es *barato*. ¿Cómo es posible esto, que a primera vista nos suena a contradicción e incongruencia? Basta con considerar seriamente cuánto le costó al Dios Eterno ofrecernos el don del arrepentimiento y del perdón de los pecados; es decir, es el reconocimiento del hondo amor de Dios, quien por lograr la reconciliación del hombre con Él y consigo mismo, no escatimó a su propio Hijo. Costó la vida del Hijo amado de Dios:

Juan 3:16:

*“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”*

Tristemente, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando volvió la calma y comenzó la escalada hacia la prosperidad económica, la *iglesia* pronto olvidó las vicisitudes pasadas y el camino recorrido. Los coqueteos de la *iglesia permisiva y corrupta* con el nazismo antisemita, tanto en su versión católica como protestante, pasaron al olvido mediante el *“borrón y la cuenta nueva”*.

La Declaración de Barmen y los testimonios de la *“Iglesia Confesante”* de Finkenwalde quedarían como documentos para el estudio de historiadores y especialistas. Pero las palabras de Bonhoeffer siguen resonando con plena vigencia hasta el día de hoy: *“Sólo quienes creen son obedientes, y quienes son obedientes, creen.”*

Esa es, sin duda, la *clave* para distinguir entre la *gracia barata* que proclama la *iglesia permisiva y corrupta*, frente a la *gracia cara*, costosa, que la *nueva reforma* está llamada a predicar. En palabras del propio Bonhoeffer:

*“La gracia cara es la prometida a una persona para que él o ella se arrepienta y siga a Jesús. La gracia costosa se expresa en la vida de discipulado... Este discipulado se aprende en y a través del Sermón del Monte.”*

La gracia de Dios y el perdón no hacen ningún beneficio al pecador a menos que sean dones aceptados. El perdón divino es, efectivamente, ilimitado, pero nuestra aceptación del mismo puede no serlo. De ahí que aquellos a quienes se les perdona mucho, amarán mucho, y quienes mucho amen también mucho obedecerán. De lo contrario, estaremos dentro de los engañosos parámetros de la *gracia barata* en los que se desenvuelven grandes sectores de la cristiandad en nuestros días.

Una *nueva reforma* comienza con el genuino arrepentimiento del pecado del olvido de la centralidad de Jesucristo y su Palabra, para emprender el diario caminar hacia una nueva forma de compañerismo, de comunión, bajo la dirección del Espíritu Santo. Por eso es que semejante unidad no podrá edificarse ni mantenerse a costa del respeto a la verdad de las Sagradas Escrituras, ni tendrá sentido para quienes no crean en Jesucristo como único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente, ni mantengan hacia la Biblia la misma actitud del propio Señor:

Juan 14:6:

*"Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí."*

Juan 17:11, 17:

*"Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre Santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros... Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad."*

Mateo 22:29:

*"Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios."*

Isaías 40:8 (1ª Pedro 1:24-25):

*"Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre."*

Marcos 13:31:

*"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán."*

La nueva reforma será una concentración interior en los aspectos esenciales del discipulado, comenzando por el reconocimiento del señorío real de Jesucristo. Sobre ese pivote central podrá edificarse toda comunidad de fieles y toda unidad verdadera, firme y duradera. Igualmente, sobre ese fundamento podrá darse la necesaria reconciliación, antes de que la unidad sea firme y duradera.

La falsa unidad preconizada por quienes mantienen el nombre de *crístianos*, comprendido el de *evangélicos*, pero consideran las Sagradas Escrituras como mero textos espirituales entre muchos otros, camina ya desde hace bastante tiempo hacia la combinación de ideologías y el sincretismo más descarado. Es la lógica consecuencia del pensamiento que arranca con Nietzsche, en el siglo XIX, y la aspiración de parte de Locke, Kant y Hegel por entender el mundo sólo mediante la razón, despreciando la superracionalidad de la fe.

La falsa unidad tolera la enseñanza de la mentira, por cuanto no cree en la verdad o se separa de ella, y produce todos los esfuerzos imaginables para mezclar las ideologías, cualesquiera que éstas sean, con excepción de las enseñanzas fundamentales del Evangelio del Reino de Dios y de la Gracia de Cristo. El fenómeno no es novedoso. Lo hallamos ya en las páginas del Nuevo Testamento:

Gálatas 1:6-9:

*“Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema.”*

2ª Juan 9-11:

*“Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése si tiene al Padre y al Hijo.”*

Judas 3-4:

*“Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.”*

Jesucristo necesariamente ha de resultar intolerable para quienes creen que “la realidad es sólo lo que uno crea”, según mantenía Nietzsche; de lo que se deduce que la *verdad* no pasa de ser una invención humana; y la realidad, como afirmaba Michel Foucault, después de la Segunda Guerra Mundial, es “una liberación continua”, de manera que, según Jacques Derrida, “no hay significados intrínsecos.” Todos los valores, creencias, estilos de vida y conducta son iguales. Y quien niega esto es intolerante según los propios defensores de la tolerancia.

Así se explica la campaña anticristiana en los medios sociales de comunicación, en el sistema educativo imperante, en la cinematografía y en la literatura de consumo de los últimos tiempos. La intolerancia hacia el cristianismo fiel a las Sagradas Escrituras procede paradójicamente de los círculos donde aparentemente se defiende la tolerancia hacia todos los puntos de vista.

¿Por qué, pues, la inmensa mayoría de los defensores de la tolerancia a cualquier precio son anticristianos? ¿Por qué esta aparente paradoja? Por la sencilla razón de que los absolutos del cristianismo se oponen a la filosofía que afirma más o menos encubiertamente que todo puede hacerse en conformidad con el propio criterio de cada uno. El graffiti de las camisetas que reza “*Just do it!*” (“*¡Hazlo y ya está!*”), expresa con el menor número de palabras posible la permisividad orquestada en que nos hallamos sumidos en nuestros días.

Bajo el pretexto de la tolerancia y el encuentro dialogado de las culturas, empiezan a levantarse voces discriminatorias e intimidantes en nuestro occidente hacia quienes confesamos a Jesucristo como único Señor, Salvador y Príncipe de Paz. La persecución y la violencia no creemos que estén demasiado alejadas ni en el tiempo ni en el espacio, e incluso es perfectamente imaginable el día en que el cristianismo fundamentado en las Sagradas Escrituras sea declarado fuera de la ley, con el consenso de la *iglesia permisiva y corrupta*. Evitar este plausible futuro de persecución e intolerancia, para gozar de los beneplácitos del poder secular y alguna migaja crematística, echará a grandes sectores de la *iglesia* en brazos de sus viejos *amantes* disfrazados bajo nuevas vestiduras.

Creemos en el derecho que todos tenemos a expresar nuestras ideas y puntos de vista, procurando no ofender a nadie. Creemos que hemos de escuchar a todos y procurar comprender; pero también creemos que comprender no implica aprobar ni estar de acuerdo con todo, recordando la palabra apostólica:

1ª Pedro 3:15:

*“Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros.”*

Como discípulos de Jesucristo no nos apoyamos en nuestras creencias y opiniones, criterios y puntos de vista, sobre bases personales ni filosofías de factura humana, sino sobre los principios y mandamientos de la Santa Palabra de Dios nuestro Señor, no sobre las falibles opiniones de los hombres, cambiantes en función de las corrientes de pensamiento de la época y de los intereses generalmente inconfesados por inconfesables.

De ahí que nos sintamos decepcionados y distantes de la *iglesia permisiva y corrupta*, bajo cualesquiera denominación se arroje, dispuesta a su *aggiornamento* o *puesta al día* en adaptación a las corrientes del mundo, olvidando que “*bueno*” y “*malo*” no debe corresponder a criterios carnales ni opiniones particulares, sino a las afirmaciones de la Santa Palabra de Dios; y

que nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo no vino para adaptarse a este mundo, sino a que este mundo fuera salvo por Él. Jesucristo no es, pues, el filósofo permisivo y tolerante del pecado, sino *el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.* (Juan 1:29).

Por lo tanto, toda posibilidad de una *nueva reforma* pasa necesariamente por la renovación de la teología. Ésta ha de tener por incuestionable punto de partida la afirmación de las Sagradas Escrituras como la Palabra de Dios que no ha de ser estudiada desde la perspectiva de la especulación filosófica de los hombres, sino como revelación que ha de ser recibida con el respeto y la reverencia que merece y que nunca debió perder.

La estructura, pues, de la *nueva reforma* resultará prácticamente invisible, por cuanto será espiritualmente orgánica, no administrativamente organizativa. Serán sus efectos los que se mostrarán visibles en las vidas de los hombres y mujeres alcanzados por el soplo del Espíritu Santo. Serán sus vidas cambiadas, transformadas, no los esquemas organizativos, las que darán el testimonio imprescindible para la credibilidad del Evangelio ante el mundo. Al fin y al cabo, la verdadera obra espiritual del Santo Consolador es la que produce cambios y transformaciones. Lo demás solamente son formas religiosas externas y carentes de vida.

Bien haríamos si considerásemos seriamente, en actitud orante, esa manifestación de la unidad de la iglesia de Jesucristo que el apóstol Pablo nos da bajo la metáfora del edificio del templo espiritual que es la iglesia y somos cada uno de los hombres y mujeres que la constituimos:

1ª Corintios 3:10-11:

*“Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.”*

En términos semejantes se expresa el apóstol Pedro en su Primera Epístola Universal:

1ª Pedro 2:4-8:

*“Acercándoos al Señor, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, yo pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en ella, no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo; y: piedra de tropiezo, y roca que hace caer, porque tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también destinados.”*

La metáfora del edificio del templo nos muestra que los redimidos por la sangre de Jesucristo, llamados a ser llenos del Espíritu Santo hasta rebosar, somos piedras vivas insertadas en el edificio. No somos bloques yuxtapuestos al azar, sino que somos colocados conforme al plan del Arquitecto, según el cual cada una de las piedras es un elemento del todo. Este poder unificador es obra directa del Espíritu Santo, quien aporta su sabiduría, belleza, armonía, santidad y energía vital. Somos piedras vivas por la redención de Jesús de Nazaret. Ya no vivimos para nosotros mismos, ni tampoco moriremos para sí, como dice el apóstol Pablo en la Carta a los Romanos:

Romanos 14:7-8:

*“Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos.”*

Todos los redimidos por la sangre preciosa de Jesús el Cristo somos parte de un todo que nos supera. Ese es el sentido de la unidad de la iglesia del Resucitado. Esa unidad es la gloria que el Señor ha puesto en nuestras manos, para que seamos uno, así como Jesús es uno con el Padre en la unidad del Espíritu Santo.

El misterio de la unidad de la iglesia de Jesucristo, su valor y cómo recuperarlo se halla en las palabras de nuestro Señor en el Evangelio de Lucas 10:21:

*“En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu (Santo), y dijo: Yo le alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.”*

Nuestro bendito Maestro no sólo está descartando el orgullo en la vida de sus discípulos, que tan poderosamente incide y provoca la ruptura de la unidad de la iglesia, sino que nos enseña a considerar el valor de lo pequeño, de lo débil, de lo que el mundo desconsidera completamente. Por eso Jesús, en la cena de la Pascua se ciñe una toalla y pone agua en un librito y procede a lavar los pies de sus apóstoles, y de esa manera les revela el misterio glorioso de la humildad de Dios nuestro Señor.

El individualismo religioso fomentado por la *iglesia permisiva y corrupta* solamente puede ser vencido al dejar que el Espíritu Santo cambie nuestro espíritu de dominación por el de solidaridad viviente, es decir, la corriente espiritual que discurre de Dios a mí, de mí a mi prójimo, y del prójimo a Dios nuestro Señor.

El carisma, el don, de la unidad es un regalo que extraviarnos o deterioramos cuando perdemos de vista que todos los redimidos por la sangre de Jesucristo somos hermanos, por cuanto el Padre es uno solo:

Mateo 23:8-10:

*“Uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos... Uno es vuestro Padre que está en los cielos.”*

Después del maridaje de la iglesia y el estado secular vendría el enaltecimiento de sus dirigentes, la substitución del amor por el moralismo, y la teología sería reemplazada por la filosofía, y como resultado se produciría la pérdida de los rasgos fraternales de la iglesia de Cristo, la cual se dejaría arrastrar hacia un deslizadero hacia los reinos de este mundo.

La iglesia, como pueblo formado por el reclutamiento de hombres y mujeres de entre los pueblos de este mundo, rescatados e iluminados por la obra del Espíritu Santo, no puede olvidar que es un solo pueblo, no una amalgama de individuos, sino un pueblo formado en el transcurso de una larga historia de llamamiento y dirección divina hacia el cumplimiento de todos los designios de Dios, es decir, hacia el cumplimiento de todas las cosas bajo la voluntad divina.

La metáfora del matrimonio, misterio del amor infinito de Jesucristo por su iglesia, ha de ser muy seriamente tenida en cuenta en la *reforma pendiente*. Cuando el apóstol Pablo habla del matrimonio cristiano, lo presenta dentro del ámbito del misterio de amor de Jesús y de su esposa, la iglesia, la cual es su cuerpo, carne de su carne y hueso de sus huesos:

Efesios 5:25-32:

*“Maridos amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra, a sin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia.”*

La iglesia es, pues, el pueblo santo de los hombres y mujeres redimidos, liberados, por la sangre de Jesucristo; la familia de los hijos e hijas de Dios de entre los redimidos y reunidos alrededor de su Hermano Mayor, el Unigénito Hijo de Dios y primogénito de los resucitados de entre los muertos.

Los abusos de autoridad, la dureza y aspereza del pecado de dominación, el individualismo y el deslumbramiento producido por contemplar el fulgor del imperio de turno, han sido y continuarán tristemente siendo las principales causas de debilitamiento de la iglesia de Jesucristo. Nosotros tenemos el sagrado deber de aceptar el misterio de la unidad del cuerpo de Cristo, un misterio glorioso que solamente puede aceptarse y vivirse con el amor que el Espíritu Santo de Dios derrama en los corazones que lo anhelan.



Esa es la perfecta voluntad de Dios nuestro Señor para su iglesia.

Ese es el fundamento de la *nueva reforma* que guiará al remanente fiel de la iglesia de Jesucristo hacia su meta de ser un pueblo humilde y pobre, que confiará solamente en el nombre del Señor.

## X La Comisión de nuestro Señor al discípulo, a la iglesia, al estado y a la sociedad en la *Nueva Reforma*.

La *nueva reforma* ha de desenterrar la doctrina neotestamentaria del *real sacerdocio de todos los creyentes*. Fue una de las grandes recuperaciones de la Reforma del siglo XVI, pero, ciertamente, duró muy poco, siendo asfixiada por el clericalismo protestante que siguió los mismos pasos del católico romano del que aparentemente había salido.

1ª Pedro 2:9:

*“Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero que ahora habéis alcanzado misericordia.”*

Estas palabras del apóstol Pedro tienen una clara implicación: No se trata de circunscribir el sacerdocio a las cuestiones de actividad cúllica. Cada discípulo de Jesucristo está llamado a desempeñar el real sacerdocio que se nos ha encomendado, el anuncio de las virtudes de Jesucristo de palabra y obra, sin restricciones ni adaptaciones a la teología de los hombres, aunque la oposición del espíritu de este siglo se levante contra nosotros.

Esta es una guerra a la que todos somos convocados a luchar con el armamento divino, no con la violencia del mundo; es decir, con la Santa Palabra de Dios, que es la espada del Espíritu. De ahí que los más encarnizados ataques del malo -¡Dios le reprenda!- vayan dirigidos contra la credibilidad de la Biblia.

La *nueva reforma* es la respuesta a vivir sobre los principios de las Sagradas Escrituras, incluso en conformidad con aquellas enseñanzas contrarias al espíritu de los tiempos en los que nos ha correspondido ser testigos de Jesucristo. Esto conlleva el apoyo a los verdaderos siervos y siervas de Dios, a los pastores realmente consagrados a la enseñanza y predicación de todo el Consejo de Dios, a las instituciones constituidas por fieles, y no simplemente *siglas* que un día respondieron a la verdad de la Palabra de Dios, y hoy sólo son fósiles del pasado cuando no realidades mucho peores.

La *nueva reforma* es el rechazo de todas las enseñanzas y prácticas contrarias a la doctrina de nuestro Señor Jesucristo. Eso significará que las energías y potencias disponibles dejarán de dedicarse primordialmente al sostén de la *iglesia* como un fin en sí misma, y a numerosos proyectos y eventos que muchos cristianos verdaderos no sentimos que hemos de apoyar con limpia conciencia, para dar primacía al cumplimiento de la labor misionera que el propio Señor nos ha encomendado.

La *nueva reforma* es el valor para dar respuestas claras respecto a cuestiones éticas en función de su respaldo o rechazo en las Sagradas Escrituras, particularmente lo referente al matrimonio, la familia, el aborto provocado, la eutanasia *a la carta*, la identidad sexual, las cuestiones raciales, las riquezas injustas, etc. La *nueva reforma* ha de preocuparse por lo que Dios piensa de su iglesia, y no por las opiniones de los hombres y la afanosa búsqueda de un lugar de reconocimiento en la sociedad.

La *nueva reforma* es la valentía para exponer abiertamente que el estado secular no es idéntico a la iglesia, y que ésta no puede estar al servicio de los intereses temporales, y frecuentemente mezquinos, de aquél; que el estado sólo puede ser beneficioso para la sociedad cuando sigue las normas y principios de la Santa Palabra de Dios, y éstos se centran fundamentalmente en los Diez Mandamientos del Decálogo. (Éxodo 20:2-17; Deuteronomio 5:1-21).

Cuando los Mandamientos de la Santa Ley de Dios no son tomados en seria consideración, la nación comienza a deslizarse por la confusión, el desorden y la anarquía. El caos será inevitable:

Juan 18:36:

*“Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos (entiéndase “las autoridades judías”); pero mi reino no es de aquí.”*

Mateo 22:21:

*“Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.”*

La *nueva reforma* dará valor a la cristiandad genuina para profetizar al mundo y a la *iglesia permisiva y corrupta*, para denunciar que el espíritu del anticristo ya está en operación en el mundo, que muchos cristianos nominales están inconscientemente sirviendo ya a los intereses del *hombre de pecado*, el *hijo de perdición*. (2ª Tesalonicenses 2:3). Y que un importante contingente de sus siervos y emisarios están ganando influencia en el mundo de la política, los medios sociales de comunicación, la ley y la justicia, las universidades y los centros de investigación, y toda suerte de instituciones, comprendidas las *iglesias*, infiltrándose impunemente ante la pasividad de los siervos de Dios.

Muchos acontecimientos de nuestros días apuntan hacia la cercanía de la manifestación del *hombre de pecado*, el *hijo de perdición*, cuando el anticristo

satánico asumirá los poderes que le serán rendidos a sus pies. La *nueva reforma* debe anunciar al mundo estos acontecimientos proféticos, respecto a los cuales es evidente que en muchos círculos cristianos se ocultan o interpretan como meras figuras simbólicas por sentirse avergonzados de las palabras del Señor. Es humanamente lógico pensar que estas cosas carezcan de sentido y de valor cuando la iglesia tiene y busca alcanzar intereses temporales a semejanza de las demás instituciones de este mundo.

La *nueva reforma* debe proclamar a los cuatro vientos que nuestro Señor Jesucristo se manifestará en la plenitud de su majestad y poder, y que con el resplandor de su Segundo Adviento destruirá todos los poderes oscuros del maligno, padre de mentira, los cuales no pueden actualmente progresar más por causa del Espíritu Santo que al presente los detiene. En esos términos se expresa el apóstol Pablo en sus dos cartas a los cristianos de Tesalónica:

1ª Tesalonicenses 5:2-3:

*"Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán."*

2ª Tesalonicenses 1:7-10:

*"El Señor Jesucristo se manifestará desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros)."*

2ª Tesalonicenses 2:6-12:

*"Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene (al hombre de pecado e hijo de perdición), a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene (el Santo Consolador), hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia."*

La visión de Juan en Apocalipsis y la profecía de Malaquías también concuerdan:

Apocalipsis 20:9-10, 14-15:

*“Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos... Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.”*

Malaquías 4:1-2:

*“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán como estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Señor de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada.”*

Y a nuestra mente vienen las palabras de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio de Marcos:

Marcos 9:43-48:

*“Si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que teniendo dos manos ir al infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu pie te fuere ocasión de caer, córtalo; mejor te es entrar en la vida cojo, que teniendo dos pies ser echado en el infierno, al fuego que no puede ser apagado, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga. Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.”*

La nueva reforma debe valientemente enseñar que el *almismo-inmortalista* de la *iglesia permisiva y corrupta* no es nada más que la invasión dentro del cristianismo de la filosofía *aristotélico-platónica*, a millones de años luz de la fe hebrea de Jesús de Nazaret. Valientemente hemos de levantar nuestra bandera contra la falsa doctrina de la supervivencia del alma descarnada después de la muerte, evidentísima infiltración de la filosofía griega en el cristianismo antiguo, y notoria herencia recibida por el cristianismo reformado hasta nuestros días. De ahí que la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo respecto a los condenados sea que sus restos permanecen bajo la figura de su “*gusano*” que no muere, es decir, el signo indudable de su muerte y de su estado corrupto, y no las figuras dantescas de que la *iglesia permisiva y corrupta* se ha servido y sigue sirviéndose para enseñar como verdad bíblica algo que ni Jesús ni los apóstoles jamás enseñaron; para tratar de justificar todo el sistema de sufragios por los difuntos y extender el terror a la muerte y perpetuar doctrinas que degradan a Dios e incluso se prestan fácilmente a burla por parte de los incrédulos.

Tengamos muy presente que todas las veces que los términos *"inmortal"* e *"inmortalidad"* aparecen en el Nuevo Testamento, hacen referencia sólo, única y exclusivamente a nuestro Dios y Señor:

1ª Timoteo 1:17:

*"Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos Amén."*

1ª Timoteo 6:14-16:

*"Que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén."*

2ª Timoteo 1:8-10:

*"Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio."*

Entre tanto que el Señor se manifieste en su Segundo Adviento, hemos de proseguir trabajando mientras dure la luz del día. Por consiguiente, la *nueva reforma* debe responder a la exhortación que se nos hace en las palabras del apóstol Pablo a Timoteo:

2ª Timoteo 2:19:

*"Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo."*

¿Qué lugar, pues, ocupan las obras de justicia en el plan de Dios para la salvación de los hombres? En los escritos del apóstol Pablo hay una amplia respuesta al respecto:

Romanos 9:31-32:

*"Mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo."*

Para Pablo ir tras la justicia *"como por obras de la ley"* parece indicar una actitud de parte del pueblo de Israel, como si fueran buscando la manera de

justificarse ante Dios por sus propios méritos, frente a una actitud de fe y gracia, al menos por parte de algunos, como se desprende también de las palabras del apóstol a Tito:

Tito 1:16:

*“Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra.”*

La actitud equivocada respecto a las buenas obras que se desprenden del cumplimiento de los mandamientos divinos se muestra también de la pregunta que el apóstol Pablo les hace a los Gálatas:

Gálatas 3:2, 10:

*“Esto sólo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír por fe?... Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.”*

Evidentemente, este no fue el comportamiento de todo el pueblo de Israel, pues siempre hubo un remanente fiel en el pueblo de Dios de todos los tiempos. Pero es igualmente obvio que estos textos no están en contra de los mandamientos divinos, ni se trata de una enseñanza contraria a las bendiciones que se desprenden de los preceptos del Señor, sino claras advertencias contra la actitud legalista de quienes aspiran a alcanzar la justicia divina sobre el fundamento de sus propios méritos, de su propia espiritualidad, independiente de la gracia y la misericordia divinas.

La Sagrada Escritura nos dice claramente que cuando no hay obras buenas en la vida del creyente, su fe está muerta, de modo que no podemos entender la gracia de Dios como licencia para vivir en desobediencia al Señor, sino todo lo contrario:

Santiago 2:17:

*“Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma.”*

Santiago 2:26:

*“Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.”*

El mismo apóstol Santiago pone en evidencia el fraude de quienes dicen creer pero no obedecen:

Santiago 2:19:

*“Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan.”*

El propio Señor nos muestra cómo considera las buenas obras realizadas sin tomarlo a Él en cuenta; es decir, tratando de justificarse delante de Dios en base a obras meritorias, incluso usando el nombre del Señor como fórmula o pretexto:

Mateo 7:22-23:

*“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.”*

Por consiguiente, es absolutamente imposible tener una fe genuina que no produzca obras, por cuanto es Dios quien las produce en sus hijos:

Isaías 26:12:

*“Señor, tú nos harás paz, porque también hiciste en nosotros todas nuestras obras.”*

Filipenses 2:13:

*“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”*

Tito 2:14:

*“Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.”*

2ª Timoteo 3:16-17:

*“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.”*

Efesios 2:10:

*“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.”*

Creemos que, después de todo lo dicho, es conveniente recordar la Declaración de Barmen, de 1934, en consideración del deber profético de la iglesia frente al discípulo, el estado secular, la propia iglesia y la sociedad general. A pesar de que esta Declaración se hizo en un contexto con las características propias de aquel momento histórico, creemos que, en vista de los acontecimientos sufridos por el movimiento evangélico muy recientemente, las injerencias del estado en la vida de las iglesias y denominaciones, y la división producida entre nosotros por causa de los coqueteos de algunos con el



poder secular y sus ofertas de sufragar proyectos con fondos estatales, este documento presenta argumentos sólidos de las verdades inamovibles de la fe cristiana que pueden actuar sobre nuestras conciencias y ayudarnos a ver dónde verdaderamente nos encontramos hoy y los peligros que se ciernen sobre nosotros, cuando tristemente muchos esperan más de la democracia formal imperante que del Espíritu Santo y la lealtad de los fieles a la Santa Palabra de Dios. La Declaración de Barmen dice así:

*"Prólogo: Nosotros, los delegados de las iglesias luteranas, reformadas y unidas, de sínodos libres, de "jornadas de iglesia" y de "círculos parroquiales", reunidos para formar la asamblea sinodal confesante de la Iglesia Evangélica Alemana, declaramos que juntos nos afirmamos sobre la base de la Iglesia Evangélica Alemana como una federación de las iglesias confesantes alemanas. Lo que nos une es la profesión del único Señor de la Iglesia, la cual es una, santa, universal y apostólica.*

*Declaramos públicamente delante de todas las iglesias evangélicas de Alemania que la confesión en común de esta fe y, por consiguiente, la unidad de la Iglesia Evangélica Alemana, están en gravísimo peligro.*

*Siendo miembros de iglesias luteranas, reformadas y unidas, podemos y debemos hoy hablar juntos en esta causa. Precisamente porque queremos ser y permanecer fieles a nuestras diversas confesiones, no podemos callarnos, ya que creemos que en un momento de calamidad e inseguridad común, nos ha sido puesta en la boca una palabra en común.*

*Encomendamos a Dios lo que esto significará para la relación entre las iglesias confesionales.*

*Haciendo frente a los errores de los "Cristianos Alemanes" y del gobierno actual del Reich, que causan estragos en las iglesias y también despedazan la unidad de la Iglesia Evangélica Alemana, profesamos las siguientes verdades evangélicas:*

*I.*

*"Yo soy el camino, y la verdad y la vida. Nadie viene al Padre, sino por mí." (Juan 14:6).*

*"De cierto, de cierto os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador... Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos." (Juan 10:1,9).*

*Jesucristo, según el testimonio que de Él tenemos en la Sagrada Escritura, es la única Palabra de Dios. A ella sola debemos escuchar, en ella sola debemos confiar y obedecerla en la vida y en la muerte.*

*Rechazamos la falsa doctrina según la cual además y junto a esta una y única Palabra de Dios, la Iglesia podría y debería admitir como fuente de su*

*proclamación otros acontecimientos y potencias, otras personalidades y otras verdades como si fueran también revelación de Dios.*

II.

*"Mas por Dios estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención." (1ª Corintios 1:30).*

*Así como Jesucristo es la expresión del perdón de Dios de todos nuestros pecados, del mismo modo Él es la expresión del derecho de Dios sobre toda nuestra vida. Por medio de Él experimentamos una gozosa liberación de todas las ataduras ateas de este mundo para un servicio libre y agradecido a todas sus criaturas.*

*Rechazamos la falsa doctrina según la cual habría ámbitos en nuestra vida en los cuales no perteneceríamos a Jesucristo, sino a otros soberanos ámbitos en los cuales no necesitaríamos la justificación por Él realizada.*

III.

*"Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor." (Efesios 4:15-16).*

*La Iglesia cristiana es la comunidad de hermanos en la cual Jesucristo actúa como su Señor, presente en la Palabra y en las ordenanzas por medio del Espíritu Santo. Ella, como Iglesia de pecadores reconciliados, debe dar testimonio en este mundo pecador, tanto por medio de su fe como por medio de su obediencia, por su mensaje como por su disciplina, de que sólo pertenece a Él, que sólo vive y desea vivir de su consuelo y orientación en la esperanza de su venida.*

*Rechazamos la falsa doctrina según la cual la Iglesia podría dejar librada la expresión concreta de su mensaje y de su estructura a su conveniencia o a la mutación de las convicciones ideológicas y políticas reinantes en tal o cual momento.*

IV.

*"Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que os gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo, como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos." (Mateo 20:25-28).*

*Los diferentes ministerios de la Iglesia no son causa del dominio de unos sobre otros, sino el desempeño del servicio que le ha sido encomendado y confiado a toda la comunidad eclesial.*

*Rechazamos la falsa doctrina según la cual, aparte de este servicio, la Iglesia tendría poder y autoridad para darse o aceptar autoridades especiales dotadas de atributos o de dominio.*

V.

*“Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey.” (1ª Pedro 2:17).*

*La Escritura nos dice que, de acuerdo al mandato divino, el Estado tiene el deber de preocuparse conforme al mejor saber y entender humano, y aun con amenaza y aplicación de la fuerza, por el derecho y la paz en este mundo todavía no redimido, en el que también se encuentra la Iglesia. La Iglesia reconoce con gratitud y respeto a Dios el beneficio de estas instituciones suyas; rememora el Reino de Dios, el mandamiento y la justicia divina, y de este modo la responsabilidad de los gobernantes y de los gobernados. Confía y obedece la fuerza de la Palabra por medio de la cual Dios sostiene todas las cosas.*

*Rechazamos la falsa doctrina según la cual el Estado, por encima de su competencia específica podría llegar a ser el orden único y total para la vida humana, y por lo tanto pretender cumplir la misión de la Iglesia.*

*Rechazamos la falsa doctrina según la cual la Iglesia, por encima de su mandato especial, pudiera y debiera apropiarse de la modalidad de las tareas específicas y la dignidad del Estado y convertirse así ella misma en un órgano estatal.*

VI.

*“He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” (Mateo 28:20).*

*“En el cual (el Evangelio) sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la Palabra de Dios no está presa.” (2ª Timoteo 2:9).*

*La misión de la iglesia, en la cual se funda su libertad, consiste en proclamar en el lugar de Cristo, o sea, al servicio de su propia Palabra y Obra, el mensaje de la libre misericordia de Dios a todos los pueblos por medio de la predicación y las ordenanzas.*

*Rechazamos la falsa doctrina según la cual la Iglesia, dejándose llevar por autosuficiencia humana, podría poner la Palabra y la Obra de Jesucristo al servicio de deseos, objetivos y planes arbitrariamente elegidos.*

*Epílogo: La asamblea sinodal confesante de la Iglesia Evangélica Alemana, declara que ve en el reconocimiento de estas verdades y en el rechazo de aquellas falsas doctrinas, la ineludible base teológica de la Iglesia Evangélica Alemana, como unión de las iglesias confesantes. Ella llama a todas las iglesias que puedan adherirse a su declaración a tener en cuenta en sus decisiones político-eclesiásticas estas razones teológicas. Ruega a todos los*

*que son afectados que regresen a la unidad de la fe, del amor y de la esperanza.*

*Barmen, 29 al 31 de mayor de 1934.”*

## XI La llamada al arrepentimiento.

El Evangelio da claro testimonio de que nuestro Señor Jesucristo inició su ministerio público con una llamada al arrepentimiento y a la fe, además de explicarnos la razón fundamental por la que lo hizo:

### Mateo 4:17:

*“Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”*

Juan el Bautista ya había iniciado la predicación con el llamamiento al arrepentimiento, vinculándolo a Jesús y señalándole como el Mesías prometido, y lo que es más, como el propio Dios en carne:

### Marcos 1:4:

*“Bautizaba Juan en el desierto, y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados.”*

### Mateo 3:1-3:

*“En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Pues éste es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.”*

### Isaías 40:3:

*“Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios.”*

Toda la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, así como la palabra apostólica, señala en la dirección de la vida del discípulo cristiano como una vida de arrepentimiento. Comienza con una nueva consciencia de nuestra tendencia al pecado, no sólo de nuestra vida de oscuridad antes de conocer el Evangelio, y en la medida en que seguimos al Señor en nuestro cotidiano vivir llegamos a comprender que el arrepentimiento nos conduce también al reconocimiento del pecado en la iglesia.

Cuando hay arrepentimiento genuino, el Espíritu Santo genera odio al pecado en el corazón de cada creyente fiel. Ahí radica la mejor defensa contra nuestra

tendencia carnal a desviarnos del camino de santidad al que hemos sido llamados por el Señor.

Dios promete perdón y un nuevo comienzo a todos cuantos proceden al arrepentimiento, con confesión de pecados sin paliativos. Y esta doctrina no es menester buscarla en las páginas del Nuevo Testamento, pues ya se encuentra en las Escrituras hebreas:

2º Crónicas 7:14:

*“Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra.”*

La *vida de arrepentimiento* y la *vida cristiana* no son sino dos maneras que expresan una misma realidad. No puede darse la vida cristiana, la vida del discípulo de Jesucristo, sin darse el arrepentimiento. El hebreo “*teshuvá*”, que traducimos por “*arrepentimiento*”, es literalmente “*darse la vuelta*”, “*volver al camino*”, para emprender una nueva vida en la dirección marcada por la Palabra de Dios, con la mirada puesta en Jesucristo, autor y consumidor de la fe.

La *iglesia permisiva y corrupta*, tanto en las versiones tradicionales de las iglesias históricas –*catolicismo, protestantismo y ortodoxia oriental*- vinculadas a los poderes seculares, como las *iglesias libres*, en su tendencia a olvidar sus raíces inconformistas y entroncarse en la Reforma del siglo XVI, necesita despertar al hecho de que la labor encomendada por nuestro Señor Jesucristo es fundamentalmente una llamada al arrepentimiento, comenzando por nosotros mismos. Las palabras de Jesús no pueden ser más claras al respecto:

Lucas 13:3-5:

*“En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús, les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre de Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalem? Os digo: No; ante si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”*

Incluso en el encuentro de Jesús resucitado con Cleofás y su compañero, en el camino hacia Emaús, nuestro Señor les recuerda las enseñanzas básicas que compartió con ellos durante su ministerio, y el arrepentimiento ocupa el primer lugar en el mensaje encomendado a los discípulos:

Lucas 24:44-49:

*“Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de*

*Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalem. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto.”*

Del mismo modo, en la Carta a los Hebreos el arrepentimiento aparece como la primera de las doctrinas rudimentarias o básicas de la fe cristiana:

Hebreos 6:1-3:

*“Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite.”*

El arrepentimiento es un don divino, un regalo de la gracia y de la misericordia de Dios:

2ª Timoteo 2:24-26:

*“Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él.”*

Romanos 2:4:

*“¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?”*

Frecuentemente nos apenamos cuando nuestras malas acciones nos traen malas consecuencias. Ese sentimiento de pesar es fácilmente confundible con el genuino arrepentimiento. Se aproxima mucho al arrepentimiento de parte de Dios, pero no lo es. El auténtico dolor por el pecado es obra directa del Santo Espíritu de Dios, quien nos revela el error que hemos cometido, el profundo dolor causado en el corazón de Dios, y todas las demás consecuencias que el efecto multiplicador del pecado siempre produce.

Afirmamos, pues, que existe una tristeza verdadera, genuina, por el pecado cometido, pero también existe una tristeza total y sutilmente falsa. Así lo expresa la Sagrada Escritura:

2ª Corintios 7:10:

*"Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte."*

El falso arrepentimiento es muy sutil, por cuanto fácilmente podemos arrepentirnos de las consecuencias del pecado, pero no del pecado propiamente dicho. Fácilmente podemos sentir dolor por el castigo, y confundirlo con genuino arrepentimiento. De ahí que la tristeza mundana sea meramente un lamento por las consecuencias de haber quebrantado algún mandamiento de la Ley de Dios o de la ley de los hombres, mientras que la tristeza divina que acompaña al verdadero arrepentimiento es la convicción de haber quebrantado el corazón del Señor y de haber herido a nuestro mejor Amigo. Un claro ejemplo al respecto lo hallamos en el relato apocalíptico de las grandes plagas postreras y de las copas de la ira divina sobre esta tierra:

Apocalipsis 16:9-11:

*"Y los hombres se quemaron con el gran calor, y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria. El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia; y su reino se cubrió de tinieblas, y se mordían de dolor sus lenguas, y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras."*

A pesar de los dolores y sufrimientos aquí descritos, vemos la terquedad de los hombres no dispuestos a proceder al arrepentimiento de sus malas acciones.

También hallamos en las Sagradas Escrituras ejemplos de falsa tristeza. Veamos un par de ellos:

Mateo 27:3:

*"Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que Jesús era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú! Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió, y se fue, y se ahorcó."*

Judas reconoce abiertamente su pecado, confiesa la falta cometida, se desprende de la recompensa cobrada, y todo parecería que había en él un genuino arrepentimiento, pues todos estos son signos que evidencian un gran dolor en su corazón. Sin embargo, todo aquel pesar estaba centrado en sí mismo, y no en la persona de su Señor. Judas se siente equivocado, fracasado, frustrado, sucio, pero todos esos sentimientos estaban arraigados en su propio "yo", no en el corazón del Señor.

Hasta el último momento Jesús le extiende su mano para que Judas proceda al auténtico arrepentimiento, para que se dé la vuelta en su corazón y se acoja al Maestro, siempre dispuesto al perdón. La escena del arresto de nuestro bendito Salvador, cuando Judas se acerca a Jesús con mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del



pueblo, y le besa y saluda, contiene una enseñanza que frecuentemente nos pasa inadvertida. Dice el texto de Mateo 26:49-50:

*“En seguida se acercó Judas a Jesús y le dijo: ¡Salve, Maestro! Y le besó. Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué vienes? Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús y le prendieron.”*

Después de que se hubieron cumplido las Escrituras de los profetas, Judas tuvo la magnífica oportunidad de proceder al genuino arrepentimiento. La salutación de Jesús, llamándole “amigo” es una irrefutable prueba de que en aquel instante Judas podría haberse arrepentido, por cuanto el perdón de Jesús estaba a su disposición.

También los demás discípulos traicionaron a Jesús abandonándole. En Mateo 26:56, dice el propio Jesús que todo aquello sucedía “para que se cumplieran las Escrituras de los profetas, y entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.”

Todos los discípulos dejaron solo a Jesús. También Pedro le traicionaría negándole tres veces. No fueron mejores que Judas. Pero todos ellos procedieron después al arrepentimiento genuino, y dejaron que el Señor les restaurase. Tristemente, el suicidio de Judas demuestra que el arrepentimiento genuino no estaba presente en su alma, sino el orgullo herido por su mal proceder.

El segundo ejemplo es una clara explicación neotestamentaria de un acontecimiento del Antiguo Testamento. Se trata del caso de Esaú, y la palabra apostólica nos da la siguiente explicación:

*“Aun después, deseando heredar la bendición, (Esaú) fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento aunque lo procuró con lágrimas.”* (Hebreos 12:17).

Y la explicación de la causa por la que a pesar de buscar el arrepentimiento no lo pudo hallar, se nos da también en este pasaje de las Escrituras del Nuevo Testamento:

Hebreos 12:15-17:

*“Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados; no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas.”*

Entonces, ¿de dónde procede el verdadero y genuino arrepentimiento? Y la respuesta de las Sagradas Escrituras es corta, clara y concisa: Sólo, única y exclusivamente de Jesucristo nuestro Señor:

Hechos 5:31:

*“A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.”*

Así es como el Espíritu Santo nos revela cómo hemos despreciado y agraviado al Señor, y nos conduce contritos y humillados a los pies de la Cruz de Cristo. Cada uno de nuestros pecados vuelve a herir el corazón de Jesús. Por eso es que si verdaderamente le amamos, lloraremos por nuestros pecados y anhelaremos renunciar a ellos. Es, pues, el amor a Jesucristo la causa de nuestro dolor y de nuestra angustia ante la realidad del pecado. Esa es la tristeza según Dios que nos mueve al arrepentimiento y a buscar del Señor no sólo el perdón, sino también la limpieza para no seguir cayendo vez tras vez en los mismos pecados y en las mismas trampas del maligno.

De manera que podemos afirmar que el verdadero arrepentimiento no puede ser hallado por quienes precisamente lo buscan, sino por aquellos que acuden a Jesús, por cuanto no hay genuino arrepentimiento según Dios fuera de Cristo Jesús Señor nuestro. Es en Jesucristo y sólo en Él donde podemos hallar el fundamento del arrepentimiento, quien por la obra de su Espíritu nos convence de pecado, de justicia y de juicio.

El arrepentimiento, tal y como lo comprendía la iglesia naciente, en conformidad con las Sagradas Escrituras, era, es y será siempre un don, un regalo, una concesión que Dios otorga en su gracia misericordiosa. El arrepentimiento que viene del Cielo no es algo que nosotros producimos, logramos, alcanzamos, obtenemos o merecemos, sino llanamente algo que recibimos como un regalo magnífico, divino, que resultará beneficioso en nuestras vidas si sabemos acogerlo como tal, de pura gracia, y valorarlo como algo preciosísimo.

Es, pues, el arrepentimiento verdadero un don que nos hace sentir profundísima tristeza por el pecado y nos da fuerzas para alejarnos de él. La tristeza por el pecado es igualmente un regalo divino. No es una transformación que nos conduce a Jesucristo, sino, antes bien, acudimos al Señor tal y como somos, y es el Señor quien transforma nuestras vidas. Dicho de otra manera, el Bendito nos concede el arrepentimiento antes de otorgarnos su perdón:

Hechos 11:16-18:

*“Entonces me acordé de lo dicho por el Señor, cuando dijo: Juan ciertamente bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios? Entonces, oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!”*

2ª Timoteo 2:24-26:

*"Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, Por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él."*

La Escritura enseña claramente la manera en que Dios nuestro Señor nos concede el arrepentimiento:

Job 42:5-6:

*"De oídas te había oído, mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza."*

Salmo 51:3-4, 10:

*"Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí."*

En medio del *tinglado teatral* del aparente *revivalismo* actual, con su magnífica iluminación, megafonía atronadora y efectos especiales espectaculares, al servicio del *milagrerismo* de los *buscadores de señales* y el *culto a la personalidad*, es menester que se levanten voces claras y valientes que proclamen sin ningún género de dudas que el arrepentimiento es absolutamente imprescindible para la salvación, tal y como lo hicieron los primeros discípulos de nuestro bendito Salvador.

Afirmamos nuestra seguridad en que *Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por lo siglos*, como nos dice Hebreos 13:8, y por lo tanto confesamos nuestra postura *no cesacionista* respecto a los dones del Espíritu Santo y todas las señales prometidas por el Señor, las cuales seguirán a quienes predicán su Palabra; pero con la misma seguridad afirmamos también que la predicación de la necesidad del arrepentimiento está por encima y por delante de todas las demás cosas.

Ese es el mensaje que se nos ha encomendado como parte integrante básica y fundamental del Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios; y el Señor, quien ha prometido ayudarnos en semejante labor, siempre ha confirmado y confirmará la Palabra con las señales propias de la cercanía del Reino de Dios. Si en nuestros días, en nuestra circunstancia o en nuestro entorno no vemos tantas señales como se vieron en el pasado, o como se están contemplando actualmente en otras latitudes, creemos firmemente que esa realidad ha de ser atribuida a nuestra falta de fe o dureza de corazón, pero nunca jamás a que el Señor no sea el mismo hoy como ayer:

Lucas 13:3, 5:

*"Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente."*

Marcos 2:17:

*"Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores."*

1ª Pedro 3:9:

*"El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con todos, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento."*

Marcos 6:12:

*"Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen. Y echaban fuera muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban."*

Marcos 16:14-20:

*"Finalmente Jesús se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén."*

Desde el primer día de predicación del Evangelio en aquel Pentecostés del libro de los Hechos de los Apóstoles, el arrepentimiento ha sido proclamado como condición imprescindible para poder recibir el perdón de los pecados y la vida abundante que el Señor nos trae en alas del Santo Espíritu de Dios:

Hechos 2:38:

*"Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo."*

Hechos 3:19:

*"Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados todos vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio."*

Marcos 16:20:

*"Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén."*

Esta no es solamente la forma abrupta de concluir el relato evangélico de Marcos, sino que todo el Nuevo Testamento da testimonio claro del énfasis dado por la iglesia naciente respecto a la necesidad del arrepentimiento, tristemente el aspecto de la proclamación del Evangelio que menos se escucha en nuestros días. Somos testigos de muchísimos eventos, conciertos, y demás concentraciones multitudinarias en las que entre música, aplausos y el exhibicionismo de alguna *estrella evangélica*, ni siquiera se ha empleado una sola vez la voz *"arrepentimiento"*. La oferta de *aceptar a Jesucristo* se presenta bajo la promesa propagandística de que con Cristo la vida va a ser más gratificante que con los atractivos que el mundo ofrece. Jesús va a *colmar la cesta de la compra*. Sin embargo, el testimonio de la Escritura es radicalmente distinto:

Hechos 17:30-31:

*"Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos."*

La Sagrada Escritura y la historia dan testimonio de que, a pesar de la inmensa misericordia del Señor, pocos de quienes se sentían *buenos y justos* a sus propios ojos respondieron a la llamada del Señor al arrepentimiento, tal y como también acontece en nuestros días:

Mateo 21:32:

*"Porque vino a vosotros Juan (el Bautista) en camino de justicia y no le creísteis; pero los publicanos y las rameras le creyeron; y vosotros, viendo esto, no os arrepentisteis después para creerle."*

Lucas 15:7:

*"Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento."*

La *iglesia permisiva y corrupta* tiene una sola y exclusiva causa de su permisividad y corrupción: Su lejanía del Señor, por ignorar al Espíritu Santo, a quien Jesús nos ha dejado para que no estemos huérfanos. No hay otra causa, por muchas vueltas que demos al asunto. La historia de la iglesia corre pareja a la del pueblo de Israel:

Oseas 4:1-3, 4b, 6, 10, 12:

*"Oíd palabra del Señor, hijos de Israel, porque el Señor contiene con los moradores de la tierra; porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. Perjurar, mentir, matar, hurtar y adulterar prevalecen, y homicidio tras homicidio se suceden... Tu pueblo es como los que resisten al sacerdote... Mi pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento. Por cuanto desechaste el conocimiento yo te echaré del sacerdocio; y porque olvidaste la*

*ley de tu Dios, también yo me olvidaré de tus hijos... Comerán, pero no se saciarán; fornicarán, mas no se multiplicarán, porque dejaron de servir al Señor... Mi pueblo a su ídolo de madera pregunta, y el leño le responde; porque espíritu de fornicaciones lo hizo errar, y dejaron a su Dios para fornicar.”*

La voluntad de quienes formamos la iglesia del Señor precisa una sensibilidad o refinamiento respecto a la voz de Dios que solamente puede obtenerse sometiéndonos a la dirección del Santo Consolador. La desobediencia al Señor es perfectamente posible, por muy desgastadas que estén nuestras Biblias, a veces sólo por el sudor de las manos, y por muchas citas escriturales con que salpiquemos nuestros escritos y nuestras predicaciones. No son los rimbombantes títulos de nuestras iglesias y organismos los que pueden aportarnos el sentido cristiano. Ni siquiera nuestra adscripción a iglesias y denominaciones.

La obediencia a la Santa Palabra de Dios es resultado de conocer al Señor, apreciar el carácter de Jesucristo, y mantener comunión verdadera con el Señor. Cuando realmente somos convencidos por el Santo Espíritu de Dios de nuestro pecado y su alcance, del precio de la justicia divina, que ha sido el sacrificio de Jesucristo en nuestro lugar, y del juicio divino por nuestras maldades, con las que hemos quebrantado la Ley de Dios, el amor a nuestro Señor se traduce en fiarnos de Él con todo nuestro corazón, apartarnos del pecado y obedecer los mandamientos y preceptos del Señor, para su alegría y nuestro bien.

Esa es labor que sólo, única y exclusivamente puede realizar el Santo Espíritu en nuestras vidas. Él y sólo Él es y será el artífice de esa *nueva reforma* a la que venimos aludiendo. El arrepentimiento y el perdón no son meros actos judiciales por los que somos librados de la condenación eterna. Son mucho más que eso. De ahí que cuando el arrepentimiento es genuino, es decir, cuando procede del Cielo, viene acompañado por el perdón de nuestros pecados por la sangre de Jesucristo, lo cual implica también la redención del pecado; es decir, el pago por el cual somos redimidos, y nuestra deuda es pagada por Jesucristo, nuestro fiador.

Eso supone el derramamiento del amor transformador de Dios nuestro Señor, por el cual se restaura en el hombre la relación con el Eterno. Entonces es cuando el pecado se vuelve odioso. Entonces es cuando nuestro anhelo es obedecer al Señor; cuando el Santo Consolador afina nuestro oído espiritual para que conozcamos y hagamos la perfecta voluntad de Dios para nuestra vida. Cuando conocemos al Señor, como es nuestro privilegio conocerle, la permisividad y corrupción de nuestra vida y de nuestra iglesia dejan de ser. Nuestros anhelos y preocupaciones pasan a ocupar planos muy diferentes.

Esto mismo acontece en la iglesia del Resucitado. El amor de Dios derramado en el Cuerpo de Cristo, que es su iglesia en la tierra, marca toda la diferencia. Sólo la respuesta de amor en fidelidad y obediencia al amor de Dios que excede a nuestro conocimiento podrá sacar a la *iglesia permisiva y corrupta* del lago cenagoso en que ha caído, después de haber sido seducida y manipulada por sus amantes, y después abandonada a la intemperie, sucia y desnuda. Esa

es la misma imagen con la que el Señor ha contemplado a su pueblo en el pasado, cada vez que éste ha perdido de vista el amor de Dios, y ha caído en el pecado de la infidelidad. Así es como el Señor habla a su pueblo por medio del profeta Oseas, dirigiéndose a él como a una mujer:

Oseas 2:13-14, 17, 19-20:

*“Y la castigaré por los días en que incensaba a los baales, y se adornaba de sus zarcillos y de sus joyeles, y se iba tras sus amantes y se olvidaba de mí, dice el Señor. Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón... Porque quitaré de su boca los nombres de los baales, y nunca más se mencionarán sus nombres... Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás al Señor.”*

El amor del Señor es tan extraordinario que, aunque Él sabe que su pueblo le alaba de labios pero no quiere obedecerle, está dispuesto a no ejecutar su justa ira, sino a buscar amorosamente a su pueblo amado para atraerle con su benignidad y conducirlo al arrepentimiento:

Oseas 11:4-9:

*“Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante ellos la comida. No volverá a tierra de Egipto, sino que el asirio mismo será su rey, porque no se quisieron convertir. Caerá espada sobre sus ciudades, y consumirá sus aldeas; las consumirá a causa de sus propios consejos. Entre tanto, mi pueblo está adherido a la rebelión contra mí; aunque me llaman Altísimo, ninguno absolutamente me quiere enaltecer.”*

Pero en medio de este quejido del Señor por su pueblo, el amor divino se sobrepone por encima de todos sus pecados, y el Señor revela en su exclamación toda su ternura de Padre benigno:

Oseas 11:8-12:

*“¿Cómo podré abandonarte, oh Efraín? ¿Te entregaré yo, Israel? ¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como a Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión. No ejecutaré el ardor de mi ira, ni volveré para destruir a Efraín; porque Dios soy, y no hombre, el Santo en medio de ti; y no entraré en la ciudad. En pos del Señor caminarán; él rugirá como león; rugirá, y los hijos vendrán temblando desde el occidente. Como ave acudirán velozmente de Egipto, y de la tierra de Asiria como paloma; y los haré habitar en sus casas, dice el Señor.”*

Puede que no haya palabras más sublimes de parte del Señor en todo el Antiguo Testamento que las que hallamos en el siguiente texto del profeta Oseas:

Oseas 13:14:

*“De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol.”*



## XII Conclusión:

La *iglesia permisiva y corrupta* ha logrado infectar a muchos círculos con su enseñanza de que la justificación por la fe está reñida con las buenas obras de justicia para las cuales hemos sido salvados por nuestro Señor.

Millones de cristianos en el mundo creen que la Ley de Dios no tiene aplicación hoy. Ignoran las enseñanzas de las Sagradas Escrituras en general, y las de nuestro Señor Jesucristo en particular. Creen que *la Gracia de Dios invalida la Ley*, a pesar de la claridad con que nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo nos dice en el Evangelio que *Él no ha venido a abrogar la Ley, sino a cumplirla*. Sus ojos están ciegos a la realidad de que *la fe no invalida la Ley, sino que la confirma*; que *Jesús no nos ha redimido de la Ley, sino de la maldición de no poder andar por los mandamientos a causa de la ley del pecado y de la muerte que opera en nuestros miembros*, para liberarnos de la cual Jesús derramó su sangre en nuestro lugar.

Muchos hermanos tienen sus ojos cerrados a la realidad de que Jesucristo no ha venido para perdonar y justificar pecados, sino a pecadores. El Señor no es, pues, el “Cordero de Dios que pasa por alto los pecados de los religiosos” sino, como profetizó Juan el Bautista, quien quita el pecado del mundo:

Juan 1:29-37:

*“El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y le dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un varón, el cual es antes de mí; porque era primero que yo. Y yo no lo conocía; mas para que fuese manifestado a Israel, por esto vine yo bautizando con agua. También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él. Y yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo. Y yo le vi y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios. El siguiente día otra vez estaba Juan, y dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí dijo: He aquí el Cordero de Dios. Le oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús.”*

La *iglesia permisiva y corrupta* busca caminos de espiritualidad alejados de las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, por cuanto no imagina siquiera que ningún deleite es mayor, para quien ha sido redimido por la sangre de Jesucristo, que cumplir la voluntad de Dios nuestro Señor; y que quien ha sido escogido, llamado, acogido, perdonado y salvado por la pura gracia del Señor, no tiene que realizar ningún esfuerzo doloroso por obedecer a Aquél a quien

ama y de quien puede fiarse con todo el corazón y con toda el alma y con todas las fuerzas:

Salmo 1:1-2:

*“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley del Señor está su delicia, y en su ley medita de día y de noche.”*

Jeremías 31:33-34:

*“Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice el Señor; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.”*

Filipenses 2:13:

*“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”*

En el otro extremo hallamos a la *iglesia legalista*, donde se enseña erróneamente que podemos andar por los mandamientos de Dios separados de nuestro Señor Jesucristo, pretendiendo acercarnos a Él en base a nuestra propia religiosidad o el carácter meritorio de nuestras buenas acciones, olvidando que nuestro Salvador nos ha dicho:

*“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”* (Juan 15:5).

Cualquiera que pretenda vivir la vida cristiana separado de la comunión con Jesucristo sufrirá una frustración indescriptible; será un pobre legalista incapaz de vivir la obediencia genuina que el Espíritu Santo obra en los corazones redimidos por la sangre de Jesucristo. Como escuché alguna vez: *El monte Sinaí no tiene valor sin el monte Calvario.*

Es menester salir al paso de quienes erróneamente enseñan la doctrina de que sólo es necesario creer, con el sentido de que basta con hacer un ejercicio mental de aceptar intelectualmente unas verdades, confundiendo tal acción con la vivencia de la fe.

Semejante actitud nada tiene que ver con la fe de la que hablan las Sagradas Escrituras, por cuanto aunque es ciertísimo que las buenas obras no tienen poder para salvarnos, sino sólo el sacrificio de Jesucristo en la Cruz del Gólgota, cuyos beneficios han de recibirse por la fe, ésta, cuando es verdadera, nunca será pasiva e inactiva, sino que siempre obrará por el amor y producirá

obras buenas y dignas en todo aquel que ha sido redimido por la sangre de Jesucristo.

En definitiva, la vivencia de la fe se traduce en obediencia. De no ser así, podemos estar plenamente seguros de que no se trata de la fe genuina. De ahí la cara de sorpresa mayúscula que suelen poner muchos hermanos cuando les insto a consultar la concordancia de sus biblias y buscar la voz “fe”. Suelen tragar saliva y preguntar inocentemente si es que la fe es algo novedoso del Nuevo Pacto, por cuanto se topan con la realidad de una sola entrada para este vocablo en el Antiguo Testamento, concretamente en Habacuc 2:4, donde se nos dice así: “*He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá.*” (Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38). Es decir, primeramente la fe es lo más antagónico al orgullo; en segundo lugar, es don de Dios para vivir rectamente, no para “creer”, de donde la fe constituye al hombre en “fiel”, y no meramente en “creyente”. Por consiguiente, la voz “fe” ha de ser buscada en los textos veterotestamentarios bajo la acepción de “obediencia”, “fidelidad”, “confianza” y “seguridad”. Estos son los ingredientes o elementos constituyentes de la fe. Menos que eso, no es fe.

Del mismo modo, hemos de salir al paso de quienes erróneamente enseñan la doctrina de que pueden hacerse obras buenas aceptas delante de Dios aparte de Jesucristo, con la terrible pretensión de autojustificarse delante del Señor en base a méritos propios o alguna forma de piedad o de práctica espiritual, religiosa, sacramental, ritual o cualesquiera otra.

Me ayudó personalmente, para comprender el lugar que ocupan las buenas obras respecto a la fe, aquella anécdota del equilibrista que cruzaba las cataratas de Niágara caminando sobre un cable. Después de hacerlo preguntó a la multitud que observaba entusiasmada cuántos de ellos creían que podría volver a hacerlo, pero esta vez empujando una carretilla de mano con una persona dentro. Se levantaron cientos de manos en señal de estar seguros de que aquel artista lo podría hacer. Pero a continuación el equilibrista preguntó quién estaba dispuesto a ser el pasajero de la carretilla, y sorprendentemente no se alzó ni una sola mano, sino que se produjo un hondo y prolongado silencio. Ahí radica toda la diferencia entre creer y fiarse, entre ser creyente y ser fiel, entre la aceptación intelectual de unas cuantas verdades de las Sagradas Escrituras y fiarse de Dios con todo el corazón.

La *iglesia permisiva y corrupta* ha engañado y sigue engañando a una muchedumbre a creer erróneamente que el asentimiento intelectual y la fe salvadora son una misma realidad. Incluso hoy día se confunden muy frecuentemente el pensamiento positivo y la fe bíblica, olvidando que ésta producirá aquél, pero no a la inversa.

Nosotros afirmamos con todas sus consecuencias que la fe de la que hablan las Sagradas Escrituras, la fe viva, siempre acompañada de las buenas obras que ella misma genera, está constituida por creencia y confianza, y que cuando este binomio no se da, la fe no pasa de ser ese asentimiento intelectual al que nos hemos referido, un peligroso sucedáneo de la fe verdadera.

De ahí que nos atrevamos a afirmar que en los textos bíblicos donde aparecen las voces *creencia* y *fe* podemos emplear en su lugar el término *confianza* sin que por ello se altere en absoluto el sentido de estos pasajes, por cuanto la fe verdadera está inseparablemente unida a la dependencia en fidelidad y en lealtad. Por consiguiente, la fe es creer y confiar. Se trata de una manera de vivir, lejos de ser un mero ejercicio intelectual distanciado de la praxis.

Naturalmente, esto quiere decir que la fe bíblica es un don de Dios y un fruto de su Santo Espíritu. Hemos de recibirlo con gratitud. No es pago a nuestras obras ni a nuestros méritos. Es la fe de Jesucristo la que producirá en nosotros el anhelo de agradar a Dios, de vivir de tal manera que el Señor se gloríe de nosotros y en nosotros. La fe producirá en nosotros una manera distinta de pensar y de actuar, de vivir y esperar. Por eso es que la propia Escritura define la fe, diciéndonos:

*“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.” (Hebreos 11:1).*

*“Jesús le dijo: Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron.” (Juan 20:29).*

Las buenas obras, pues, tienen por propósito glorificar a Dios nuestro Señor. Es decir, que el Señor se gloria en las buenas acciones de sus hijos e hijas en obediencia a los mandamientos, estatutos y decretos revelados por nuestro Salvador en su Palabra y por su Espíritu en nuestros corazones, en absoluta concordancia. Por consiguiente, cuando la fe y las obras son genuinas, la una no puede darse sin las otras.

Antes de concluir, debemos hacernos un par de preguntas: ¿Qué debemos, pues, hacer nosotros para permitir que Dios realice su obra a través de nosotros? ¿Cuál ha de ser nuestra participación y nuestra aportación en la realización de esa *reforma pendiente*? Vamos a dejar que la Sagrada Escritura responda: Vivir por la fe, que es caminar con Dios, no con los poderes de este mundo:

Génesis 6:9: *“Con Dios caminó Noé.”*

Juan 17:23: *“Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad.”*

Colosenes 1:28: *“A quien anunciamos, amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre.”*

Gálatas 2:20: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”*

Puede que este breve estudio, a pesar de nuestro alarde de ser defensores de *la libertad religiosa para todos los hombres*, me haga perder “amigos”. También es cierto que no sería la primera vez. Recuerdo las palabras de un hermano y

compañero de docencia en un seminario, quien me dijo que no tenía más remedio que reconocer que mis enseñanzas sobre cierto punto doctrinal eran conformes a las Sagradas Escrituras, pero que *evangélicamente* no lo eran. Aquella aseveración fue muy reveladora para mí. Desde entonces, me ayudó a aferrarme más a la Santa Palabra de Dios y a perder miedo a los *teologuillos doctrinarios* y demás *burócratas* y *oficinistas remunerados* de la religión organizada.

Sin embargo, puede que para no quedarme sin amigos intente seguir militando donde lo hago, quizá por aquello de que *"más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer"*; pero supongo que será especialmente en consideración de la edad que tiene uno, que ya no da para muchos más *troles*.

Pero espero que alguien aprecie mi sinceridad, y aunque la escritura no permite transmitir todos los sentimientos que uno experimenta, me crean al afirmar solemnemente que lo escrito no contiene acritud, por cuanto ya hace mucho tiempo que hemos aprendido a diferenciar entre el Señor y las instituciones humanas, por muy sobrecogedoras que sean sus siglas y nombres, de las cuales, sinceramente, no esperamos mucho. En cualquiera de los casos, no me creo mejor que cualquiera de los más o menos descritos en estas páginas; sólo que hay cosas que uno no puede guardar para siempre dentro del corazón. Y como lo que uno escribe no lo hace con afán editorialista, siempre puede uno colgarlo en la página *web* que uno paga, como suelo hacer con casi todos mis trabajos.

*"¡Ven, Señor Jesús!"*

Pr. Joaquín Yebra.

Madrid y Agosto de 2007.